

2  
21  
1



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

EL PODER Y LA GLORIA  
DE NOTAS PERIODISTICAS A CREACION LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA MODERNA



## T E S I S

Para optar por el Grado de  
Licenciado en Letras Modernas Inglesas



**PAULINA GABRIELA BARBOSA GONZALEZ**

★ AGO. 21 1987 ★

SECRETARIA DE ASUNTOS ESCOLARES



México, D. F.

1987



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## CONTENIDO

	<u>Página</u>
INTRODUCCION	3
I.- Génesis de la Novela	5
1. Personajes	9
2. Marco físico	24
3. Situación político religiosa	30
II.- Personajes antagónicos el Sacerdote y el teniente	39
1. Concepto de Dios	39
2. Sentimiento de culpa	50
3. Sentido del deber	57
III.- Proceso de maduración del Sacerdote y el teniente	68
1. Por qué y para qué de la existencia	68
2. La soledad	78
3. La muerte	84
IV.- Creación literaria	93
1. El elemento añadido	94
2. Los planos temporales	96
3. El narrador	103
Conclusiones	109
Bibliografía	115

## INTRODUCCION

Mario Vargas Llosa establece tres maneras de hacer la crítica literaria de una novela: la primera, individual y subjetiva, por la impresión que la obra deja en el lector; la segunda, objetiva, de pretensiones científicas, en función de reglas universales, analizando lo que la historia es, las fuentes que aprovecha y la manera como la historia se hace tiempo y lenguaje; la tercera corresponde más a la historia de la literatura que a la crítica propiamente dicha, y actúa en función de las novelas que se escribieron antes o después.

El objeto de esta tesis es hacer la crítica literaria de la novela El Poder y La Gloria de Graham Greene de acuerdo a las dos primeras formas que enuncia Vargas Llosa. En primer lugar se estudia la fuente que Greene utilizó, las notas periodísticas, Caminos sin Ley, para crear la novela. Este estudio se divide en tres aspectos: marco físico, personajes y situación político-religiosa, pues de esta forma se facilita el trazo de los diferentes rasgos que componen la novela. En seguida, se realiza una crítica individual y subjetiva con la que se pretende encontrar la forma magistral con la que Greene logra crear una gran novela a través de dos personajes: un sacerdote débil, cobarde e insignificante que tiene como contrapartida a un teniente de policía fuerte, desinteresado e idealista. En estos personajes antagónicos, se analizan sus reacciones ante Dios, el sentimiento de culpa y el sentido del deber, temas guía que se encuentran a todo lo largo del relato y que invaden la realidad ficticia con

su problemática, resolviéndola cada personaje de acuerdo a su propio yo. Para respaldar lo que aquí se dice, se utiliza la novela misma como evidencia, entresacando de ella estos asuntos.

Para obtener un conocimiento interno más rico y profundo de los dos personajes clave de la novela, a continuación se valora el proceso de maduración de éstos, tomando en cuenta el por qué y para qué de su existencia, así como su manera de entender y enfrentar tanto la soledad como la muerte, ya que Greene encara a sus personajes con estos valores para desentrañar y mostrar el mecanismo de sus conciencias.

Por último, hay un acercamiento a la novela, que apoyado en la crítica objetiva, deslinda tres de sus componentes básicos: el elemento añadido, los planos temporales y el narrador para demostrar cómo traslada Greene la realidad a la realidad ficticia.

El estudiar de forma sistemática todo el engranaje que conforma la novela, nos permite desentrañar las múltiples y diversas formas que Greene emplea para darnos esa profunda visión del alma de dos seres tan opuestos y lograr una novela de tesis, una gran creación literaria.

## CAPITULO I

### GENESIS DE LA NOVELA

Graham Greene vino a México en 1938, comisionado por un editor de la casa Longmans para estudiar la lucha de la Iglesia Católica mexicana. El gobierno federal mexicano ya había terminado con la persecución religiosa y las iglesias estaban abiertas en la mayor parte del país, mas no en Tabasco y Chiapas. En estos estados los católicos todavía eran perseguidos por las organizaciones anticlericales especialmente los Camisas Rojas de Tomás Garrido Canabal. Greene encontró en estos dos estados, Tabasco y Chiapas, un sinnúmero de situaciones desconocidas que lo hicieron odiar de una forma casi patológica todo lo referente al país: el clima, el paisaje, las aves, la gente, etc. Su experiencia física en México se convirtió en una llaga sangrante y dolorosa que lo cegó por completo y lo inutilizó para encontrar belleza en aquellos parajes exóticos y preñados de vida tan distintos de su Inglaterra querida. Fue una impresión aplastante, de la que Greene el literato salió enriquecido con vivencias nuevas y de la que Greene el hombre quedó harto y hastiado. Todas estas experiencias las registró Greene en su crónica de viaje Caminos sin Ley, de la que posteriormente creó su novela El Poder y La Gloria. Existe un paralelismo asombroso y digno de estudio entre estas dos obras pudiéndose observar con toda claridad, el traslado del marco físico, los personajes y la situación político religiosa de la crónica de viaje a la novela.

El viaje de Greene por México no fue placentero, pues la situación toda del México de ese entonces era precaria. No había ni suficientes carreteras, transportes adecuados, hoteles, agua potable, luz, higiene, ni seguridad alguna para el viajero. Todo esto causó estragos tanto en la salud física como en el ánimo de Greene, quien estuvo casi siempre enfermo durante su largo y azaroso viaje por Tabasco y Chiapas. La insalubridad de los lugares que visitó y la carencia de hospedaje, médicos y medicinas, no le permitieron nunca sentirse bien, lo que tal vez le hubiera hecho ver y juzgar las cosas en otra forma menos negativa. México era nada más

un país para morir y dejar atrás sólo  
ruinas. (1)

Había demasiadas cosas que inquietaban a Greene, pues prácticamente nada podía ser previsto ni planeado; todo se resolvía en el momento y en la forma menos ortodoxa. Aun las cosas elementales eran difíciles de obtener y a veces cuando se obtenían, no funcionaban. En varias ocasiones consiguió cuarto con baño, para después darse cuenta de que éste no servía. Acostumbrado como él estaba a que en su Inglaterra, incluso la basura tenía un lugar, le fue cada vez más difícil adaptarse a un mundo carente de reglas en donde hasta la naturaleza misma crecía en forma desordenada y confusa. La interminable cadena de problemas que vivió Greene le fueron haciendo odiar cada vez más al país, para llegar a un grado tal que él mismo clasificaba de odio enfermizo. Al perder su único par de anteojos y ante la absoluta imposibilidad de reponerlos, declara que la terrible tensión a la que quedaron expuestos sus ojos puede ser una de las causas de su creciente depresión, del odio casi patológico que comenzó a sentir por México.

(2) Y es esto muy explicable ya que el no ver bien transtorna los otros sentidos haciendo especialmente difícil el escuchar a un interlocutor que no se ve con claridad y a quien hay que responderle un mensaje comprendido a medias. La percepción toda se trastoca y el esfuerzo es verdaderamente agotador.

El odio se vuelve la pantalla a través de la cual Greene mira todo, la gente, los animales, la comida y el paisaje. De la gente nos dice que sólo le gustaban dos clases de hombres: los sacerdotes y los pilotos. (3) Esto tal vez se deba a que en estas dos profesiones hay reglas que Greene conoce y respeta y por consiguiente sabe qué esperar y qué puede demandar de estos hombres. Al referirse a su visita al templo del Carmen en San Luis Potosí, Greene dice:

para un extranjero como yo, era como ir a casa -un idioma que yo podía -entender- 'Ora pro nobis. (4)

Los animales, buitres, hormigas, escarabajos y ratas, se vuelven para Greene imágenes portadoras de miseria y muerte de las que nos da ejemplos cargados de energía negativa que subrayan aún más las experiencias desagradables que vivió. La comida también merece su desprecio: las frutas son carnosas e insípidas, las tortillas son secas y sin gracia, las bebidas no satisfacen la sed. Toda la comida mexicana es así sin sabor, como la comida que se come uno en un sueño, está demasiado picante o totalmente insípida. (5) Y el paisaje salvático y primitivo, sumido en un calor terrible y abrumador, es otro motivo más de queja y desaliento.

Ronald Walker, en su libro paraíso infernal, dice, "los escenarios de las novelas de Greene -ya sean las selvas de México, una leprosería

en el Congo, o el mundo clandestino de gangsters de Brighton- muestran tal marcada similitud en su énfasis de lo que los críticos han llamado "Greenlandia" para identificarlos a todos. Esta combinación de factores atractivos y repulsivos, objetivada en un sólo paisaje altamente cargado, opera como un vehículo muy apropiado para las particulares preocupaciones metafísicas de Greene". (6)

Si tomamos en cuenta todo lo anterior, es aún más asombroso que Greene haya logrado crear de estas notas periodísticas una novela como El Poder y La Gloria en la que el odio existe pero sólo como un elemento necesario para dar crédito y autenticidad a sus personajes y en la que Greene entrelaza sus experiencias y recuerdos en una trama perfectamente equilibrada, en donde las pasiones y debilidades humanas son magistralmente descritas. Greene logra plenamente digerir lo que vivió y nos lo regresa convertido en literatura profunda, madura y bella.

En la nota a la tercera edición de sus notas periodísticas Caminos sin Ley, Greene mismo establece que estas últimas son la fuente de su novela El Poder y La Gloria. A partir de la página 106 Greene narra su viaje a través de los estados de Tabasco y Chiapas, estados que conforman el marco físico de la novela.

Es, Caminos sin Ley, una narración cuidadosa y exacta. Cita hechos, fechas y lugares reales, siempre cargados de vivencias y experiencias íntimas, a veces dolorosas, otras amargas pero siempre plagadas todas de escarabajos, de los incansables moscos y de buitres de cabezas idiotas y polvorientas alas dentelladas.

Es interesante saber que aunque Greene no pensaba escribir una novela utilizando a México, ya en sus notas periodísticas Caminos sin Ley había admitido que,

México era algo que no podía sacudirse de encima, algo así como un estado de ánimo. (7)

## 1. Personajes.

En las notas periodísticas encontramos a casi todos los personajes de la novela, desde el sacerdote, personaje central y generador del tema, hasta personajes menores como el alemán y su hermana, pasando por la amplia gama del dentista, Coral, la niña americana, los soldados, los indios y el mestizo.

Hay un mercado paralelismo entre las personas reales que Greene conoció y a quienes describe en sus notas periodísticas y los personajes de su novela.

El sacerdote, personaje central nace de aquel sacerdote real

que existió durante diez años en la selva y los pantanos atreviéndose a salir sólo por la noche. (8)

y de quien se sabe, por las pocas cartas que dejó, que vivió

con un terrible sentido de impotencia -vivir en terror constante y sin embargo poder hacer tan poco, apenas parecía que ese horror valiera la pena.(9)

A este sacerdote obscuro, casi desconocido, Greene le da vida plena en El Poder y La Gloria dotándolo de todas las carencias físicas y espirituales del sacerdote real, padre Macario Fernández Aguado. (10) Así vemos al sacerdote de la novela preguntarse, como pudo haber hecho el sacerdote

real, cuando siente cercano el fin de su vida:

"si no hubiese sido yo tan inútil, --  
tan inútil...." (11)

"si al menos tuviera una sola alma  
que ofrecer, para poder decir a --  
Dios: he aquí mi trabajo". (12)

Greene amalgama en el sacerdote de El Poder y La Gloria toda la desesperación, frustración y congoja que afligieron al sacerdote real de Caminos sin Ley, apoyándose en los pocos datos que logró reunir acerca de él, como:

el padre perseguido había trabajado  
tantos años escondido en los pantanos  
y la selva. (13)

Había habido un sacerdote en la --  
frontera con Chiapas, pero la gente  
le pidió que se fuera, porque ya no  
lo podían proteger. (14)

Encontramos esta misma situación en la novela. El sacerdote no tiene a donde ir, pues el gobierno ha puesto precio a su cabeza; para obligar a la gente a entregarlo ha ido tomando rehenes en los pueblos en los que se sospecha que el sacerdote pueda estar escondido. La gente temerosa y ante el peligro de perder a sus hombres, expulsa al sacerdote del pueblo.

....se irá usted muy lejos, muy le-

jos. Ya no es útil a nadie ¿No lo -  
comprende usted, Padre? Ya no nos -  
hace ninguna falta. (15)

Y el sacerdote debe recomenzar su penosa huida, sin esperanza, solitario, sin destino. Pero ahora la huida es más amarga porque la persecución es más cercana y tenaz; además ante el temor de ser reconocido por su contenido debe dejar en ese pueblo que le obliga a irse, la caja con los elementos necesarios para ejercer su sacerdocio y con la que hasta ahora siempre había viajado. Es un sacrificio enorme pues el arrojar la caja al basurero significa desprenderse de su vida pasada, vida en la que él era alguien respetado y respetable. Ahora sólo pasa a formar parte del desperdicio como algo inútil e inservible. En la caja estaba la parte sagrada y divina de la que él era portador y ahí junto al letrero de "se prohíbe tirar basura", entre latas viejas y verdura podrida, ya sin cerradura, al descubierto, como la vida del sacerdote, quedó la caja: "una reliquia más del pasado tranquilo". (16)

Es con detalles como éste, como Greene va moldeando al sacerdote de la novela, con una intuición incisiva de todo aquello que el sacerdote real pudo haber sufrido. Y unida a esta intuición, Greene añade muchas de sus propias experiencias al caudal de sinsabores del sacerdote personaje pues hay una gran similitud entre él, Greene mismo y el sacerdote.

Los dos, se encuentran en una tierra inhóspita, salvaje, aislados de la civilización y, siendo personas educadas, acostumbradas a un tipo de vida distinto, su soledad espiritual y física se acentúa al encontrarse entre campesinos buenos pero ignorantes con los que no es posible comunicación alguna.

Así como el sacerdote personaje se aferra a la caja en un deseo infinito de conservar el pasado tranquilo, Greene narra cómo sus libros son la única distracción dentro del tedioso e intolerable presente, algo a lo que puede recurrir. (17)

Físicamente, Greene se lamenta de calambres en los pies, como una de tantas incomodidades que padece durante su viaje. Nos dice: "dormí muy incómodo así vestido, tenía calambres en los pies y fiebre de sol". (18)

En la novela cuando el sacerdote está en la cárcel tras diez años de vivir huyendo, hacinado con muchos otros presos en una celda inmundada y muy acobardado ante la idea de morir, sabemos que:

los pies le dolían mucho: tenía calambres en las plantas (19) (pues - estaba en cuclillas en una posición muy incómoda).

Es así como Greene adecua las mortificaciones físicas a las espirituales para en la mezcla de ambas aprisionar la aflicción infinita del momento.

En cuanto a la fiebre, el sacerdote, como Greene, también la padece pero un grado ya constante. No es causa del sol sino de la malaria y encontramos que ya no le interesa protegerse de los piquetes de los moscos pues:

Durante los últimos diez años había tenido fiebre más veces de lo que - podía recordar; ya no se preocupaba.

La fiebre venía, se marchaba y todo quedaba igual; formaba parte de su ambiente. (20)

En el día que Greene clasifica como uno de los peores que haya pasado en su vida, durante el trayecto de El Salto a Palenque, al adentrarse en Chiapas, padece el mayor cansancio físico de todo su recorrido por México. Tiene este día una suma agravante de componentes: Greene no había montado a caballo en diez años y nunca en mula, y todo el viaje lo hace por este medio, saliendo al amanecer, con el resultado terrible de un intenso dolor de columna y cabeza tras seis horas de cabalgar bajo un sol ardiente, un corto descanso de media hora para continuar hasta la puesta del sol, sin tener nada qué beber ni comer. La mula exhausta, se echa tres veces, los mosquitos y las moscas lo atormentan, la debilidad lo hace tener alucinaciones, la postración es tal que le impide pensar, desear y sentir; hacia el final de esta etapa dice "estaba demasiado cansado para asustarme". (21) Y cuando se encuentra en el clímax del abatimiento, asqueado por el olor nauseabundo de la sangre de la mula aguijoneada por los feroces moscos, dice:

Uno por último se convertía casi -  
en un autómata, un bulto de carne  
y hueso sin cerebro. (22)

El sacerdote, como Greene, experimenta la casi aniquilación física y mental en su camino a Chiapas pero la huida del sacerdote es mucho más dramática que la de Greene, pues va de por medio su vida y la emprende solo y sin recurso alguno. El viacrucis del sacerdote empieza tras de ser liberado de la cárcel al no ser reconocido y termina en Chiapas en

el muro de una iglesia tras varios días de camino, pero no a lomo de mula, sino a pie, a campo trãviesa; sin agua ni comida, guiado tan sólo por el instinto de supervivencia, tiritando de fiebre y frío con:

un dolor que ya no parecía residir dentro de la cabeza; era algo exte-rior, casi una cosa, un ruido, un pensamiento, un olor. (23)

Así alcanza la salvación momentánea, pero no es un momento de alegría pues:

estaba muy cansado para experimentar ningún sentimiento. (24)

Y cuando el sacerdote se encuentra en este penoso andar con el mestizo que le sigue los pasos, pues desea cobrar el rescate que ofrecen por él, sabemos que la conciencia del sacerdote:

comienza a funcionar automática-mente como una máquina con ranura en la cual encaja cualquier moneda incluso el disco sin acuñar de un timador. (25)

Greene y el sacerdote también comparten su soledad espiritual, su hambre de otro ser humano afín, con quien hablar y por quien poder ser comprendido. Ambos son víctimas del aislamiento, pues viven dentro de una comunidad en la que no hay ningún satisfactor para sus necesidades espirituales por lo que la incomprensión y el silencio son sus únicos compañeros. No hay cines, teatros, librerías ni iglesias. Ni un solo

lugar donde descansar del clima y de la vaciedad de los días que, interminables, se suceden unos a otros en una cadena infinita de calor. No hay absolutamente nada que hacer para distraerse y la plática con otras personas no es posible por el abismo cultural que los separa.

Sin embargo Greene tiene momentos esporádicos de alivio a esta situación, como cuando conoce a un médico escocés en Villahermosa, quien le informa de los peligros a los que habrá de enfrentarse en su camino a Chiapas. Greene al sentirse acobardado ante la posibilidad de ser atacado por las moscas que causan ceguera, o bien ser picado por un alacrán ponzoñoso, dice:

ya es algo tener alguna emoción -  
que compartir en un lugar como Vi-  
llahermosa, aunque ésta sea sólo -  
el miedo. (26)

Antes, en su travesía de Frontera a Villahermosa, tiene como compañero de viaje a un dentista americano cuya plática repetitiva y tonta debe soportar durante todo el viaje. Pero ésta, aunque precaria, es una forma de comunicación que le ayuda a pasar el tiempo a la que, más tarde cuando se encuentra solo en Chiapas y sin nadie a su alcance que hable inglés, extraña. En aquellas lejanías, nos dice Greene:

aún el dentista hubiera sido bien  
venido. (27)

El sacerdote de la novela lleva a cuestas su soledad, su espíritu vacío y empobrecido que al paso del tiempo y las vicisitudes se ha ido degradando hasta casi desmoronarse. Es como si la carencia que tiene

ahora de bienes materiales encontrara su igual en el vacío de su alma que ante la abrumadora cantidad de culpas de hecho y omisión se encuentra abúlica, casi muerta.

La rutina de su vida había reventado como un dique y el olvido llegó como un gorgoteo, borrando unas cosas y otras. (28)

Seguiría tirando, con períodos de terror y de cansancio; con vergonzosa ligereza de corazón. (29)

Pero hay que seguir arrastrando la vida pese a la angustia y el temor aplastante. Greene aquel día aciago de cansancio extremo, cuando las fuerzas parecen abandonarlo escribe:

es aterrador sentir que no se puede continuar y sin embargo no tener otra alternativa. (30)

Y esta suma de cansancio físico y desesperación, la plasma Greene en su novela al describirnos cómo reacciona el sacerdote vencido por un cansancio infinito, tras un largo peregrinar con el estómago vacío y ante la petición apremiante de unos campesinos para que los confiese:

¡Oh que vengan; que vengan todos! gritó el cura con ira. Soy vuestro servidor. Se llevó la mano a los ojos y empezó a llorar. (31)

En unas cuantas líneas Greene describe la inmisericorde impotencia

del sacerdote ante las circunstancias. No puede escoger, el deber lo apremia a actuar pese al hambre y cansancio nulificadores, ya que, por una parte, los policías pueden llegar en cualquier momento a apresarlos y, por otra, ser él la autoridad, lo carga únicamente de obligaciones, negándole hasta los derechos más elementales, como el sueño y el alimento.

Cuando la vida les sonrió un poco, ambos, Greene y el sacerdote, parecen renacer. Greene, al salir de Palenque, tras alcanzar ese límite casi insoportable de postración física y mental, encuentra una finca como un algo casi fuera de la realidad.

El había oído hablar de ese lugar desde que estaba en la ciudad de México, pero llegó a pensar que no existía. Así es que cuando llega a él, éste se le figura algo así como un paraíso terrenal, un lugar cómodo, con agua fresca y limpia, tanto para beber como para bañarse, una cama con sábanas, un sitio en el que reinaba la paz y el orden. "Era como el cielo", (32) dice Greene, aunque el agujero de una bala en el zagán le recordaba que después de todo era tan sólo México y no el paraíso. Más adelante Greene escribe:

Supongo que el amor por la vida que periódicamente abandona a los hombres, estaba regresando... (33)

Esto es una referencia a su deseo de sobrevivir a una tormenta, en su camino a Las Casas, Chiapas, pese a estar empapado y lleno de miedo. Hay en este deseo un estado de ánimo diferente a aquel en el cual carecía de voluntad para seguir viviendo. Tal vez se deba a los nutrientes que recibió en la finca y que ahora lo ayudan a juzgar las cosas de otro modo.

En el sacerdote de la novela, Greene describe estas sensaciones en toda su complejidad. El sacerdote como Greene también llega a una finca, tras un abatimiento extremo, que lo hace confesar "soy sacerdote" a un extraño tras de haberlo negado durante diez años pues, "se hallaba cansado y no parecía tener motivo para seguir viviendo". (34) Así en este miserable estado de ánimo, disfruta de la calma y el calor que le brinda la hospitalidad de los hermanos Lehr, dueños de la finca. Ahí encuentra todo género de satisfactores: físicos, como cama, jabón, agua limpia en abundancia y comida. Espirituales, tales como orden, conversación inteligente y revistas para leer.

Ante el impacto del gran bienestar que experimenta en la finca, el sacerdote se siente culpable pensando en todos aquellos que siguen viviendo en la ignorancia, como su hija y los presos de la cárcel, pero, al cabo de unos cuantos días, sabemos que:

Sentía la antigua vida robustecerse a su alrededor como un hábito, una situación incommovible que le mantenía alta la cabeza y le marcaba el camino a seguir y hasta le componía las palabras. (35)

La tregua que le da la vida, lo hace reconsiderar su existencia toda, le da fuerzas para pensar en el futuro.

Y Greene el periodista indaga más acerca del sacerdote de Chiapas que había huido, y se entera de que era tan sólo un sacerdote borrachín que en un bautizo quería ponerle nombre de niña a un niño.

En sus notas periodísticas apunta:

Fué una pérdida pequeña, pobre hombre... pero ¿quién puede juzgar qué terror y dificultades y soledad lo pueden haber excusado ante los ojos de Dios?. (36)

Es como si ante esta pregunta Greene se hubiera detenido a reflexionar sobre ese terror, esas dificultades y esa soledad y de este inquirir naciera El Poder y La Gloria. (37) Esta fue sin duda la génesis de su obra y de su personaje central, el sacerdote. Pero Greene logra plasmar la complejidad y miseria de su personaje con una cuidadosa selección de los problemas que él sufrió en carne propia y que atribuye, siempre en la dosis adecuada y en el momento oportuno, al sacerdote de su novela.

Algunos de los personajes secundarios también surgieron de personas reales que Greene conoció durante su viaje. El docto Winter, dentista a quien Greene encuentra en Frontera, es un americano que le platica sus experiencias en aquellas tierras. Siendo él el único dentista extranjero la gente lo considera superior a sus colegas mexicanos y esto le proporciona una mayor clientela. En el momento de conocer a Greene sale hacia Villahermosa en busca de ayuda médica pues ahí vive un doctor inglés quien tal vez lo pueda curar. Así durante toda la travesía Greene tiene alguien con quien platicar en su propio idioma, aunque el tema de conversación carezca de interés, pues el dentista sólo habla de sí y sus problemas. De los datos que reúne de este dentista, crea Greene a Mr. Tench, el dentista personaje de El Poder y La Gloria, que guarda muchas similitudes con el dentista real, como el deseo nunca satisfecho de reunir dinero para abandonar el país; deseo frustrado por la repetida devaluación de la moneda mexicana. Además de esto, ambos, el dentista real y el personaje, se quejan de la mala calidad de los tornos japoneses y ambos esperan

un cilindro para anestesia local que nunca llega. Desde luego, Greene hace una cuidadosa selección de los hechos y circunstancias que vivió el dentista real para darnos en El Poder y La Gloria un personaje que cumple cabalmente sus funciones y que se encuentra bien integrado en la trama de la novela, actuando a veces como enlace circunstancial entre el sacerdote y su destino.

Al salir de Palenque y dirigirse a Las Casas, Greene conoce a un alemán y a su hermana dueños de una finca que, como un oasis en el desierto, ofrece sus dones al viajero cansado. Estos extranjeros que han logrado transformar la selva en algo habitable y bello, pasan a ser personajes de la novela en circunstancias muy similares a las reales. Los hermanos Lehr, en la novela, son luteranos, extranjeros y se han creado un mundo propio y tranquilo en contraste con el mundo exterior, de igual manera que los alemanes R. que Greene conoció.

En Yajalón Greene encuentra ante su total asombro, una mujer alta y de mirar trágico, noruega de origen, madre de dos hermosas niñas rubias. Este encuentro lo impresiona profundamente y de él crea a Coral, la niña americana de la novela, con quien el sacerdote platica en la hacienda donde busca refugio. Comparte Coral, con las niñas noruegas, el pelo rubio, la enseñanza por correspondencia, (38) así como el hacerse mujer en un ambiente hostil y solitario. Mas la maravillosa madurez y arrojo de Coral están presentes sólo en la novela.

Otro de los personajes clave de la novela, el mestizo ladino, que traiciona y engaña al sacerdote tiene su origen en el empleadillo de escritorio que Greene conoce en Chiapas y a quien nos describe de esta manera:

un mestizo con rizadas patillas y dos colmillos amarillos en ambos lados de la boca. Poseía una horrible hilaridad y una risa como relincho con la que enseñaba sus encías desnudas. (39)

Es esta la imagen de un ser desagradable tanto a la vista como al oído cuya sola presencia molesta e incomoda, alguien de quien no se desea su trato y mucho menos su amistad, una persona repugnante por cualquier ángulo que se le juzgue. Por esto, a este ser repulsivo Greene encarga la tarea más infamante de su novela, la de traidor a cambio de unas monedas, como Judas con Jesucristo.

En la novela cuando el sacerdote está huyendo, desea saber cuánto falta para El Carmen, lugar a donde se dirige y, por azar del destino, la mula se detiene ante un hombre que:

No le quedaban más que dos dientes, los colmillos que asomaban amarillentos a los extremos de la boca. (40)

Así conoce el sacerdote al mestizo ladino que finalmente habrá de entregarlo; en este encuentro casual es cuando la forma de hablar del sacerdote lo descubre ante su futuro victimario.

Los dos mestizos ladinos, el real y el personaje, comparten sus características físicas además de su bajeza y total carencia de atributos positivos.

El padre José de la novela, ese hombre insignificante que cambió su dignidad de sacerdote y ser humano por el envilecimiento de la seguri-

dad de su vida al lado de una mujer, pudo en cierta medida nacer del Padre Rey, un sacerdote panameño del que Greene oyó hablar al Dr. Fitzpatrick, católico escocés, en Villahermosa, Tabasco. Este sacerdote real, deshonesto y amable vivía con su esposa e hija. Cabe recordar que la Iglesia católica exige el celibato de sus sacerdotes y que el romper esta regla es una de la peores ofensas en las que puede caer, pues se presta al escándalo y al repudio, por parte tanto de sus feligreses como de la Iglesia misma, que puede llegar a suspenderles. Apoyándose en esto la ley mexicana durante la persecución religiosa, pedía a los sacerdotes como condición para no matarlos, que se casaran. Greene, como católico converso, sabe todo esto y al escribir su novela lo explota, para ofrecernos con toda su crudeza el grado de cobardía al que ha llegado el padre José.

Las características que Greene le da al personaje de Brígida, la hija del sacerdote de la novela, se apoyan en sus comentarios respecto al bautizo tardío de los niños en el México de ese entonces debido a la escasez de sacerdotes. Por esta razón, dice, los niños carecen de un banco de santidad del que alimentarse y por lo tanto el mundo se encarga de mancillar su inocencia antes de que ésta sea protegida. (41) Greene el literato maneja ese problema del candor perdido y de una malicia temprana en esa hija, fruto del pecado, que angustia enormemente al sacerdote, su padre, haciéndolo sentirse dolorosamente culpable ante una obra tan imperfecta. El verla, "era como si viera su propio pecado mortal sin contrición que le mirase". (42)

El personaje del teniente en la novela, es la antitesis de toda la podredumbre que Greene encontró entre la policía mexicana. Estos hombres tenían cara de animal que más hacía pensar en el bandidaje que en la

ley y el orden, eran lo más bajo de la población. En contraste con estos policías corruptos, desaseados e incumplidos, el personaje del teniente es idealista, impecable en el vestir y en el actuar, celoso de su deber y feliz de cumplirlo; quiere mejorar el mundo en el que vive, especialmente para los niños, y considera que la abolición de la religión y los sacerdotes es la mejor forma de cambiar y engrandecer al país. El teniente al pensar en los niños, reflexiona así:

Se merecían nada menos que la verdad; un universo despejado y un mundo refrescante, el derecho de ser felices en cualquier orientación que eligieran. Estaba del todo dispuesto a hacer una carnicería en provecho suyo; primero la iglesia, después los extranjeros.  
(43)

Del conflicto entre el teniente veraz, idealista y con un alto sentido del deber y el sacerdote borracho y cargado de dudas y miedo, emerge El Poder y La Gloria, la novela en la que Greene nos relata con intuición y maestría la lucha de dos hombres por su existencia.

## 2. Marco Físico.

El marco físico de la novela es muy parecido al de las notas periodísticas. Sin embargo, en las notas aparece como algo muy vívido y constante, en tanto que en la novela sólo se encuentra en la dosis requerida para apoyar la acción.

La evocación de la caliente y polvorienta ciudad es uno de los aciertos más grandes de Greene al escribir su novela. Empieza la historia con una descripción clara y económica del puerto, en el que dos aves revolotean:

Una de ellas partió aleteando sobre la ciudad: sobre la plaza chiquitina; sobre el busto de un expresidente, exgeneral, ex ser humano; sobre los dos tenderetes donde se vendía agua mineral. (44)

Y además de esto, el almacén, las calles vacías y calcinadas, con consultorios de dentistas y peluquerías. (45) Todos estos elementos Greene los encontró físicamente al llegar a Frontera, a su paso por Tabasco, ciudad que en sus notas periodísticas nos describe así:

estaba la presidencia y un gran almacén y una calle blanca y calcinada que se extiende entre casuchas de madera, peluquerías y los inevitables consultorios de dentistas. (46)

Se queja de la vaciedad del lugar, en el que sólo hay:

una pequeña plaza polvorienta con -  
puestos de bebidas de frutas, y un  
busto de Obregón en un pilar. (47)

Son éstas sin lugar a dudas, dos descripciones paralelas, pero Greene carga la descripción de su novela con matices de soledad, olvido y vacuidad como presagio de lo que va a suceder y así mezcla su maravilloso poder de observación con la intuición necesaria para recrear no sólo un lugar sino una circunstancia. Además aprovecha tanto lo que vió como lo que le sucedió para ponerlo en la novela en el momento y lugar más adecuado para satisfacer los fines de la historia.

El barco en el que Greene viajó venía cargado de cerveza y en la novela el barco que llega al puerto y en el que el sacerdote pretende huir está también cargado de cerveza, bebida prohibida y cara que el sacerdote desearía conseguir.

Greene, camino de Las Casas, Chiapas, a través de la montaña, a lomo de mula y entre veredas lodosas se detiene en un claro del camino para buscar donde descansar. Hay tres o cuatro chozas de adobe en aquella soledad silenciosa y sin luna y al solicitar Greene albergue y comida, el anciano dueño del lugar le da café y su cama, las dos únicas cosas que posee:

El viejo me cedió su cama, una cama de tierra con un colchón de paja en cima, que estaba colocada contra un montón de maíz donde se escondían - las ratas. (48)

Ante este acto de hospitalidad, Greene se conmueve y comenta "había ratas, claro está, pues la choza del anciano era un granero, pero contenía algo que muy rara vez se encuentra en México, un sentimiento de bondad humana". (49)

Esta vivencia tan especial se le graba a Greene y en la novela sabemos que el sacerdote tras salir de la finca bananera, al iniciar su huida llega pidiendo comida y albergue a un claro donde hay media docena de cabañas de barro. Un anciano, dueño de una de las chozas, le ofrece café y su cama, tras besarle con respeto la mano.

Las ratas hacían crujir las secas -  
hojas exteriores. Había una cama de  
tierra con un colchón de paja enci-  
ma.... (50)

Greene recrea de nuevo no tan sólo los hechos, sino la vivencia toda, la posibilidad de dar, aún teniendo tan poco, y la capacidad de hacerlo, a costa del propio sacrificio.

Hay en ambas narraciones, la de la experiencia real y la de la novela, zumbidos constantes de mosquitos, escarabajos y cucarachas, ennegreciendo las calles o reventando como petardos para ser luego devorados por las hormigas. Veamos dos ejemplos paralelos, uno de escarabajos y otro de mosquitos:

Un domingo al llegar Greene a Villahermosa, Tabasco, describe el interminable paso de las horas en las que no hay absolutamente nada que hacer. Entonces, al anochecer:

cuando aparecen las luces, también .

aparecen los escarabajos, el pavimento a la orilla del río verde y -  
agrio se ennegrece con ellos. (51)

En la novela cuando el sacerdote llega a la ciudad, capital del estado, tras haberse librado del mestizo ladino, busca afanosamente bebida y para esto entabla conversación con un mendigo pensando que tal vez pueda ayudarlo a conseguir su objetivo. Este lo conduce hacia el único hotel, donde se hospeda el primo del gobernador quien vende licor. En su camino pasan cerca del río:

Los escarabajos se congregaban en -  
bandadas y cubrían el pavimento; es  
tallaban debajo de los pies como -  
vejigas hinchadas y un olor agrio y  
fresco subía del río. (52)

Al llegar Greene en el "Ruiz Cano" a Frontera, Tabasco, nos dice que "al anochecer los mosquitos empezaban con un zumbido constante y aterrador como el de una máquina de coser". (53) Y en la novela cuando el mestizo ladino se une al sacerdote camino al Carmen ignorando aún lo que este hombre quiere de él, Greene hace una maravillosa descripción de rumores, como presagio de algo por venir:

Cosas que uno no podía clasificar,-  
jaguares quizá, chillaban en la ma-  
leza; los monos andaban por las ra-  
mas altas, y los mosquitos zumbaban  
por todas partes como máquinas de -  
coser. (54)

Además de mosquitos y cucarachas, aparecen los buitres a todo lo largo de ambos relatos. Estas aves carentes de color, belleza e inteli-

gencia molestan grandemente a Greene que se harta de su presencia sucia y ominosa. "En una ocasión llegué a contar 21 sobre un solo techo", nos dice y añade; "los horribles buitres se agrupaban en los techos como palomas: la pequeña cabeza imbécil, largo cuello, cara enmascarada y polvoriento plumaje, atisbando hacia un lado y otro, atentamente, en busca de un muerto". (55)

Estos buitres, los utiliza Greene en la novela como presagio de problemas, de muerte, de indolencia, o para subrayar el momentáneo triunfo de la vida.

Al llegar el sacerdote a La Candelaria poco antes del infortunado encuentro con el mestizo ladino, camina cauteloso por la calle polvorienta "los zopilotes sobre los tejados resguardaban del sol sus menudas cabezas" (56) testigos mudos del desafortunado encuentro entre el sacerdote y el mestizo ladino.

Sin embargo, este elemento de los buitres, sirve a veces de contraste entre la pulcritud y la suciedad, como después de la descripción del teniente todo limpieza y orden que atraviesa la plaza andrajosa donde:

los buitres se acostaban en los tejados bajo la tienda de sus alas negras y ásperas. A veces una cabecita obtusa fisgaba hacia abajo y una garra cambiaba de sitio. (57)

O, al acercarse Coral, la niña toda frescura y vigor, las aves malditas se alejan, derrotadas ante la inocencia y la fuerza del bien.

Los buitres levantáronse con languidez al acercarse ella. (58)

Esto le da a Coral una dimensión especial, pues la fuerza que de ella emana es casi mágica, sobrenatural.

La mula y las moscas son también elementos que aparecen en forma paralela en ambas narraciones. Greene nos cuenta que durante aquel terrible recorrido a lomo de mula rumbo a Palenque, a la puesta del sol, de repente vió emerger numerosas moscas. Estas no lo atacaban a él sino a la mula que monta:

ellas se hundían como dirigibles en el cuello de la mula, agarrándose - rápidamente y chupando al animal, hasta que un menudo rastro de sangre fluía. (59)

El sacerdote, cuando se dirige a El Carmen, espanta una nube de moscas que ataca a la mula en que está montado.

Las ahuyentó con una varilla y ellas se lanzaron con pesadez, dejando un menudo rastro de sangre y cayendo de nuevo sobre el rudo pellejo gris.- (60)

Es el marco físico, lo que el reportero Greene sufrió en carne propia, utilizado magistralmente por Greene el literato, como ambiente de su novela, explotándolo ya sea para contrastar, para subrayar o para comparar las acciones de los personajes.

### 3. Situación Política-Religiosa.

Una de las fuentes que en mayor medida ha difundido la campaña antirreligiosa que en Tabasco llevó a cabo Tomás Garrido Canabal, es sin duda, la crónica de viaje Caminos sin Ley de Graham Greene y después de esta crónica su novela El Poder y La Gloria en la que este problema es parte esencial de la trama. (61)

Hay que recordar que el presidente Lázaro Cárdenas, durante su campaña presidencial de 1934, se refería a Tabasco como "El Laboratorio de la Revolución" y que Cárdenas mismo votó por Garrido para presidente en las elecciones de ese año. Al resultar electo Cárdenas, éste nombra a Garrido secretario de Agricultura. (62)

Para ese entonces Garrido Canabal era ya muy conocido pues durante su gestión frente al gobierno de su natal Tabasco, de 1921 a 1925 la educación pública, la agricultura y sobre todo la ganadería cobraron gran impulso. Durante su administración, el estado de Tabasco vivió un período de florecimiento económico, ya que su política propició la elevación del nivel de vida del pueblo y el ingreso que percibía el Estado era considerable por la alta producción de los platanares. (63)

Sin embargo para los católicos, la figura de Garrido era odiosa pues muchos lo consideraban un anticristo por sus ideas reformistas radicales, (64) que llevadas hasta el extremo tenían como meta destruir la Iglesia Católica en su Estado, ya que ésta era considerada la base de

uno de los dos peores vicios que aquejaban a su pueblo, El otro vicio, el alcoholismo, también se perseguía con fuerza. (65) Este fanatismo de Garrido emana, tal vez del hecho de que su madre era católica devota y su padre un alcohólico y que él, Garrido sufrió desde su niñez hasta su adolescencia de estas dos influencias. (66)

Otra explicación de la conducta del Gobernador podría darse analizando la naturaleza misma del poder absoluto, del que Garrido estaba sediento. Como la mayoría de los dictadores Garrido deseaba destruir cualquier institución que se opusiera a sus propósitos y la Iglesia Católica era definitivamente una fuerza competitiva de poder, si no en Tabasco, sí en el resto de México y como político ambicioso él quería ampliar su radio de acción. (67)

Exaltando los valores de la juventud, fundó el Bloque de Jóvenes Revolucionarios conocidos como Los Camisas Rojas, organización abanderada de su radicalismo. (68) Esta organización publicó periódicos y revistas exponiendo su doctrina antirreligiosa y fundó varios clubes ateístas y hasta un equipo de beisbol llamado así "Ateístas", pero sobre todo se dedicó a perseguir tenazmente a los católicos, tanto sacerdotes como laicos. (69)

El conocimiento de la situación político-religiosa del México de ese entonces, permitió a Greene adentrarse en los problemas que sufrió la gente durante la persecución religiosa, especialmente en los estados de Tabasco y Chiapas, tan alejados de la capital. Esta fué en sí la misión que lo trajo a México, el ver de cerca qué estaba sucediendo ahí para escribir un reportaje sobre la situación real. Greene, como católico converso, estaba muy interesado en las cuestiones religiosas, aunque

este hecho tal vez lo hacía hipersensible y no del todo objetivo ante lo que encontró. "Evitó cualquier mención a la reconciliación creciente entre la Iglesia y el Estado, callando, por ejemplo, el apoyo sin precedentes del arzobispado a Cárdenas durante la querrela del petróleo, concentrándose únicamente en los síntomas de opresión". (70)

Entender lo que es la religión católica en México es muy complejo, pues requiere, entre otras cosas de un conocimiento profundo de la idiosincrasia del mexicano, conocimiento que Greene no poseía. La ambivalencia que siente el mexicano hacia lo religioso estriba en que, por un lado se educa a los niños en la religión católica, pues eso les da un freno ante la vida y por otro, el mexicano adulto se burla de la religión y no la practica, pues el hacerlo es signo de debilidad. Siendo Greene católico por convicción era difícil que entendiera que aquí en México, la religión católica es algo con lo que se nace, que no se estudia, no se practica en lo profundo y rara vez se cuestiona.

Además de esto es importante distinguir entre la religión practicada por la población indígena y la practicada por el resto de la población. Los indígenas tienen una religión suigéneris, una asombrosa mezcla de ritos paganos y católicos que unidos nutren su espíritu con lo sobrenatural que les es tan necesario para existir. Greene percibió esto y en la novela sabemos del asombro del sacerdote ante "una rara selva de cruces" (71) de varios tamaños que encuentra cuando él y la india cargando a su hijo muerto van en busca de un lugar para darle sepultura. "Era como un escorzo hecho por el oscuro y mágico corazón de la fe". (72) Esto, lo vió Greene en las montañas, camino a Yajalón y en sus notas periodísticas comenta:

Sus cruces, su lugar de alabanza, el cristianismo existiendo como ellos, salvaje, aislado e incomprensible. -  
(73)

En el capítulo seis de Caminos sin Ley al que titula "El Estado sin Dios", la capital de Garrido, refiriéndose a Tabasco, hace Greene varias alusiones a la influencia de Garrido en la vida cotidiana de la gente. Preguntando aquí y allá reúne esta información: de las iglesias casi no queda nada, de la Catedral sólo un patio de juegos; (74) no se dicen misas secretas en las casas, (75) no hay bautizos ni extremaunciones, "morimos como perros" (76) le dijo una mujer al ser interrogada al respecto. Y el Dr. Fitzpatrick, escocés radicado en Villahermosa, le informa que no hay excusa alguna para la persecución religiosa en este estado; sólo la oscura y personal neurosis de Garrido "ya que los sacerdotes tabasqueños y las escuelas católicas eran mucho mejores que las actuales". (77)

En la novela, Greene retoma el problema de la persecución religiosa en Tabasco, situando una parte de la acción en este estado. El teniente emprende la persecución del sacerdote pues éste, se le escabulló a los "camisas rojas". (78)

Más tarde en Villahermosa, un "camisa roja", "mozalbate menor de veinte años" (79) sorprende al sacerdote con una botella de aguardiente, lo persigue y finalmente lo entrega en el cuartel de policía. Todos estos detalles embonan perfectamente en la trama de la novela, lográndose así una sensación de verosimilitud.

## NOTAS CAPITULO I

- (1) Graham Greene Lawless Roads Inglaterra, Penguin Books Ltd. 1971 c 1939. p. 141  
it was a country to die in and leave only ruins behind.  
Todas las citas de Lawless Roads han sido traducidas por la autora de este trabajo.
- (2) Ibid. p. 145  
of my growing depression, the almost pathological hatred I began to feel for Mexico.
- (3) Ibid. p. 16  
the priests and the flyers.
- (4) Ibid. p. 48  
To a stranger like myself it was like going home a language I could understand.
- (5) Ibid. p. 35
- (6) Ronald G. Walker Paraíso Infernal. México. Fondo de Cultura Económica, 1984 c 1978. p. 161
- (7) Greene. Lawless Roads. p. 148  
It was as if Mexico was something I couldn't shake off, like a state of mind.
- (8) Ibid. p. 106  
who existed for ten years in the forests and swamps, venturing out only at night.
- (9) Idem  
recorded an awful sense of impotence—to live in constant danger and yet to be able to do so little, it hardly seemed worth the horror.
- (10) Alan M. Kirshner. "Tomas Garrido Canabal and Repression of Religion in Tabasco" Church and State in Latin America. Texas. Universidad de Texas. (s.a.) p. 107
- (11) Graham Greene. El Poder y La Gloria. España. Editorial Seix Barral, S.A. 1984 c 1940. p. 224
- (12) Idem
- (13) Greene. Lawless Roads. p. 114  
the hunted priest had worked for so many years, hidden in the swamps

and forests.

- (14) Idem  
There had been one priest over the border in Chiapas, but the people had told him to go -they couldn't protect him any longer.
- (15) Greene. El Poder y La Gloria. p. 86
- (16) Ibid. p. 88
- (17) Greene. Lawless Roads. p. 129  
nothing to fall back.
- (18) Greene. Lawless Roads. p. 139  
I slept very badly in my clothes -I had craps in my feet and a little fever from the sun.
- (19) Greene. El Poder y La Gloria. p. 138
- (20) Ibid. p. 74
- (21) Greene. Lawless Roads. p. 142  
I was too exhausted to be frightened.
- (22) Ibid. p. 138  
One became at last a kind of automaton, a bundle of flesh and bone without a brain.
- (23) Greene. El Poder y La Gloria. p. 169
- (24) Ibid. p. 172
- (25) Ibid. p. 97
- (26) Greene. Lawless Roads. p. 118  
And it is something to have some emotion to cherish in a place like Villahermosa, even if it's only fear.
- (27) Ibid. p. 132  
even the dentist would have been welcomed.
- (28) Greene. El Poder y La Gloria. p. 65
- (29) Idem.
- (30) Greene. Lawless Roads. p. 137  
It is rather terrifying to believe you cannot go on, and yet to have no choice.
- (31) Greene. El Poder y La Gloria. p. 47

- (32) Greene. Lawless Roads. p. 143.  
It was heaven.
- (33) Ibid. p. 148  
I suppose the love for life which periodically deserts most men was returning.
- (34) Greene. El Poder y La Gloria. p. 172
- (35) Ibid. p. 180
- (36) Ibid. p. 122  
He was little loss, poor man; but who can judge what terror and hardship and isolation may have excused him in the eyes of God?
- (37) Wayne Gunn. Escritores Norteamericanos y Británicos en México. led. México, FCE, 1985 c 1977. p. 155
- (38) Greene. Lawless Roads. p. 151
- (39) Ibid. p. 153  
a mestizo with curly sideburns and two yellow fangs at either end of his mouth. He had an awful hilarity and a neighing laugh which showed the empty gums.
- (40) Greene. El Poder y La Gloria. p. 92
- (41) Greene. Lawless Roads. p. 160
- (42) Greene. El Poder y La Gloria. p. 73
- (43) Ibid. p. 62
- (44) Ibid. p. 3
- (45) Ibid. p. 4
- (46) Greene. Lawless Roads. p. 106  
the Presidencia and a big warehouse and a white blanchd street running off between wooden shacks hairdressers and the inevitable dentists.
- (47) Ibid. p. 107  
one little dusty plaza with fruit-drink stalls and a bust of Obregon on a pillar.
- (48) Ibid. p. 165  
The old man gave up his bed to me, a dais of earth covered with a straw mat set against the mound of corn where the rats were burrowing.

- (49) Idem  
the rats were there of course, for the old man's hut was a store-house for corn, but it contained what you seldom find in Mexico, the feel of human goodness.
- (50) Greene. El Poder y La Gloria. p. 45
- (51) Greene. Lawless Roads. p. 124  
when the lights came out, so the beetles: the pavement by the green sour riverside is black with them.
- (52) Greene. El Poder y La Gloria. p. 45
- (53) Greene. Lawless Roads. p. 117  
At sunset the mosquitoes began -a terrifying steady hum like that of a sewing machine.
- (54) Greene. El Poder y La Gloria. p. 96
- (55) Greene. Lawless Roads. p. 124  
the tiny moron head, long neck, masked face, and dusty plumage peering this way and that attentively for a death.
- (56) Greene. El Poder y La Gloria. p. 91
- (57) Ibid. p. 18
- (58) Ibid. p. 57
- (59) Greene. Lawless Roads. p. 137  
they sailed by and sank like dirigibles on the mule's neck, grapped fast and sucked until a little stream of blood flowed down.
- (60) Greene. El Poder y La Gloria. p. 92
- (61) Kirshner. op. cit. p. 106
- (62) Idem.
- (63) Enciclopedia de México. Dir. José Rogelio Alvarez. V. 12 México 1978 c 1972. p. 221
- (64) Kirshner. op. cit. p. 107
- (65) Enciclopedia de México. p. 221
- (66) Kirshner. op. cit. p. 107
- (67) Ibid. p. 108
- (68) Enciclopedia de México. p. 221

- (69) Kirshner. op. cit. p. 112
- (70) Wayne Gunn. op. cit. p. 147-148
- (71) Greene. El Poder y La Gloria. p. 168
- (72) Idem.
- (73) Greene. Lawless Roads. p. 155
- (74) Ibid. p. 122
- (75) Ibid. p. 123
- (76) Ibid. p. 114
- (77) Ibid. p. 122
- (78) Greene. El Poder y La Gloria. p. 21
- (79) Ibid. p. 127

## CAPITULO II

### PERSONAJES ANTAGONICOS EL SACERDOTE Y EL TENIENTE

#### 1. Concepto de Dios.

Handley, en sus notas sobre El Poder y La Gloria al referirse al estilo subraya que Greene hace un uso abundante de metáforas económicas. Además de esto, utiliza palabras sueltas y frases altamente imaginativas que aumentan la fuerza de las descripciones. Por último el uso repetitivo de ciertos rasgos de personajes o lugares ayuda grandemente al reconocimiento de éstos. (1)

Middleton Murry, al hablar del proceso del estilo creador nos dice que la cualidad esencial del estilo es la precisión no intelectual sino de sugestión emotiva y que ésta aparece muy particularmente en la metáfora que requiere del escritor una capacidad extraordinaria de experiencia sensorial así como de una acumulación rica de estas experiencias. (2) Una metáfora es el resultado de la búsqueda de un epíteto exacto, y es esencial dentro de la precisión del lenguaje. (3)

El Poder y La Gloria tiene estas cualidades y es a través de sus metáforas que nos hace sentir toda la problemática de sus personajes.

Claro está que el lector cuidadoso puede sacar conclusiones de lo que lee y clasificarlas de una forma u otra para lograr una mejor comprensión de la novela, o como una forma de estudio de ésta.

Ya que en El Poder y La Gloria el personaje principal es un sacerdote, es adecuado analizar el concepto de Dios que tiene dicho personaje como medio de interiorizarse en el libro, como una forma de comprender el poderoso conflicto entre los ideales de este sacerdote y los del teniente, personaje paralelo que funciona como antítesis del sacerdote, sobre todo tomando en cuenta que Greene mismo declaró en su prefacio que su novela había sido escrita para sostener una tesis: quería utilizar al sacerdote borracho para demostrar la gran diferencia que puede existir entre un hombre y su vocación. Sin embargo, y para construir una buena novela, necesitaba un fuerte contraste frente al sacerdote. Este sería policía: "el oficial de la policía, un idealista que asfixiaba la vida por los mejores motivos posibles, versus el sacerdote borracho que continuaba disipando su vida". (4)

En la novela, el sacerdote tiene un concepto de Dios un tanto negativo. Lo ve como un juez extremadamente intransigente de quien no espera piedad alguna, sino sólo el castigo por sus culpas, culpas que lo hacen sentirse envilecido, incapaz de redención e infinitamente infeliz y culpable. En su concepto de Dios no hay amor ni perdón sólo justicia ciega, implacable, que lo acobarda y empequeñece. Este sentimiento de minusvalía, lo expresa muchas veces y el origen de sus fracasos o culpas es el orgullo, el pecado por el cual cayeron los ángeles. Orgullo de "sentirse héroe porque transportaba a Dios con riesgo de la vida". (5) Este Dios, justiciero pero implacable, en quien sólo piensa como alguien que lo condena irremediablemente por sus pecados, cuyo peso lo ha envilecido por completo ante sí mismo, hace que se sienta

como una mujer con un aborto. (6)

Es así como el sacerdote se valora ante la presencia de su hija cuando después de muchos años regresa a su parroquia tras triste y largo peregrinar en su interminable y dolorosa huida. El producto de su relación ilícita con María, su ama de llaves, no es más que eso, un aborto, que ruín e hiriente se ríe de él, cuando él, el sacerdote "aúlla sordamente como un perro" (7) al saber que han tomado rehenes por su culpa. Por esta misma razón, el miedo a las represalias, obliga a que los aldeanos todos le pidan que se vaya, pues "ahora la enfermedad era él". (8)

Sin embargo, el Dios del sacerdote tiene matices peculiares, su grandeza está en relación inversa a la corrupción del mundo:

Cuanto más corrupción hay en el mundo,  
tanto más resplandece la gloria que -  
rodea su muerte. (9)

De la reflexión del sacerdote al escuchar la cínica confesión del mestizo y de pensar en el mestizo como alguien por quien Dios también murió surge la idea de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, imagen que puede tomar innumerables formas:

a veces la imagen de Dios colgaba de  
una horca o adoptaba raras actitudes  
ante las balas en el patio de una -  
cárcel, ó se retorció como camello  
durante el acto sexual. (10)

En esta multiplicidad de bajezas es que el hombre es igual al hombre, la capacidad de errar le da semejanza. Y termina su reflexión diciendo "si Dios fuera igual a un sapo, uno podría librar de ellos al mundo". (11) Pero como no es así, estamos hechos a imagen y semejanza de

Dios, necesitaríamos suicidarnos para acabar con El. Tal vez este deseo de acabar con Dios se debe al miedo que el sacerdote siente de enfrentársele, siendo tan pecador.

fue crucificado, crucificado. Las palabras convencionales paralizaban sus deseos de arrepentimiento. No sentía emoción sino miedo". (12)

Y es que todas las fórmulas que aprendió el sacerdote en el seminario sobre lo que debe uno sentir cuando ha pecado ofendiendo a Dios no corresponden nunca a lo que él siente. Es esta incompatibilidad lo que lo agobia, pues su flaqueza humana que reacciona ante los hechos sin ninguna heroicidad sino sólo como un simple humano no está de acuerdo con su calidad de sacerdote. La teoría, las fórmulas de arrepentimiento, la doctrina toda, es algo que su intelecto sabe pero que su humanidad rechaza y transgrede una y otra vez sin que él sea capaz de evitarlo. Así cuando ve cercana su muerte al hallarse en la cárcel, aquel lugar tan parecido al mundo

atestado de lujuria, crimen y amor - desgraciado. Su hedor llegaba hasta el cielo. (13)

confiesa claramente:

deseo beber más que cualquier cosa, más que a Dios. También esto es pecado. (14)

Su razón rechaza y condena lo que su cuerpo siente y él es impotente

ante la fuerza de su flaqueza.

El sacerdote al interpretar lo que le sucede quiere explicarlo en relación a la voluntad de Dios. Así a veces piensa que Dios le está dando señales de su voluntad al permitirle seguir viviendo. En sus reflexiones en la cárcel piensa que está "cerrando otro convenio con Dios" (15) y si logra escapar sencillamente:

no podía ser más que una señal de que hacía más daño con su ejemplo que el bien que pudiera hacer con sus confesiones fortuitas. (16)

Este momento de duda y suspenso ante su posible muerte era marcado en aquel sitio oscuro y sin relojes, únicamente con "el ruido de las micciones" (17) de los presos. De esta forma sórdida queda compendiada, la soledad, miedo y duda del sacerdote en aquel terrible trance.

Cuando finalmente el mestizo no lo delata, pues teme perder la recompensa al ya encontrarse preso el sacerdote, sabemos que:

el cura sólo sentía pesar, Dios había decidido. Tenía que seguir viviendo. (18)

Y aunque teme a la muerte, la vida se le hace extremadamente difícil y cuando intenta rezar no encuentra alivio alguno en su relación con Dios, ya que no puede establecer contacto con El.

notaba él sus oraciones como un alimento mal digerido que pesaba en el cuerpo sin poderlo eliminar. (19)

Cuando acompaña a la mujer india con su hijo muerto piensa que "Dios había perdido una ocasión" (2) al no hacer el milagro de resucitar al niño, pero casi inmediatamente corrige su posición al preguntarse:

¿por qué esperar que Dios castigara al inocente alargando su vida? (21)

Esto es, la vida es un castigo y no una bendición. Posteriormente al referirse al perdón de Dios, considera que Dios puede perdonar la cobardía y la pasión:

¿pero era posible perdonar la devoción maquinal? (22)

Se refiere al descuido de sus deberes religiosos:

Dejé los ayunos, la misa diaria, ...  
Descuidé mis rezos. (23)

Y cuando predica durante la misa las palabras "pecado mortal", "peligroso", "dominarse" (24) le suenan vacías, carentes de significado. Sin embargo las fórmulas religiosas que para él no funcionan, pues no alivian en lo absoluto su ansiedad, él las predica a otros como cuando trata de convencer al americano de que se confiese diciéndole:

No abuse demasiado de la misericordia de Dios, le ha dado a usted esta oportunidad. (25)

Apoya sus argumentos en la magnanimidad de Dios que para sí la

considera totalmente inalcanzable. Otro buen ejemplo de la costumbre del sacerdote de hablar teóricamente, es aquél en que se dirige al mestizo cuando finalmente éste lo entrega diciéndole:

Sería mucho mejor que se fuera a rezar a su casa. Entonces si El le concede la gracia del arrepentimiento, regale el dinero. (26)

Esta contradicción entre lo que el sacerdote dice respecto a lo que siente y hace está también presente en otros aspectos como en el de la salvación de las almas. Al decirle el teniente que en lugar de matar a los rehenes "hubiera querido darles el mundo entero" (27) el sacerdote responde: "Acaso es lo que hizo" (28) refiriéndose a que tal vez les dio la vida eterna. Pero cuando se trata de su propia muerte y salvación sabemos que

sentía como una deslealtad (hacia - Dios) al tener más miedo al daño de las balas que a lo que vendría después. (29)

Y hasta el teniente se da cuenta de la falta de confianza en Dios del sacerdote, "No se fía de El, no parece un Dios muy agradable", (30) comenta el teniente después de que el sacerdote le explica la magnitud del amor de Dios como "suficiente para aterrorizarnos". (31)

La víspera de que el sacerdote sea fusilado, el teniente le dice, refiriéndose a la religión:

"Usted no cree mucho en esto" (a lo que el sacerdote responde prestamen-

te) "Oh sí creo" Entonces por qué se aflige usted? (32) le contesta.

A lo que el sacerdote replica que el problema radica en que él no puede absolverse a sí mismo y por consiguiente está condenado. En esta víspera de su muerte, el sacerdote hace una recapitulación de su vida, encontrándola totalmente estéril:

Los ocho años de servicio duro y desesperado, le parecían tan sólo una parodia de sacerdocio. (33) (y se pregunta desesperado) si al menos tu viera una sola alma que ofrecer, para poder decir a Dios: He aquí mi trabajo. (34)

Pero se encuentra con las manos vacías y el alma apesadumbrada.

Este día culmina con un sueño extraño, cargado de significado. Ante un altar en el que se está diciendo misa, él come con voracidad pues de alguna manera siente que si acaba rápido le servirán el mejor plato. El servicio religioso no le interesa en lo absoluto, al Dios del altar no le presta atención "como si fuese un Dios para los demás y no para él". (35) Pero a la hora de la elevación, el vaso inmediato a su plato empieza a llenarse de vino y al levantar él la vista, ve a Coral, la niña de la central bananera escanciándolo; entablan conversación, ella le explica que el vino lo trajo del cuarto de su padre y él le pide que le recuerde cómo es el alfabeto aquél con el que podrían comunicarse en caso de necesitar él ayuda

Clave Morse, (dice ella) tres golpes largos y uno corto.

En seguida el sacerdote oficiante y la congregación toda empiezan a golpear a lo que el sacerdote pregunta "¿qué es?" y Coral responde con fijeza seria llena de simpatía: "Noticias". (36)

Tras este sueño, el sacerdote despierta con una sensación enorme de esperanza. En este sueño está resumida en forma magistral la problemática toda del sacerdote, la insatisfacción que le provoca su religión, así como su vida vacía, que vorazmente trata de calmar con alimentos corporales y no espirituales, para al fin beber el elixir de comprensión y ayuda que le ofrece Coral en forma de vino con una sonrisa. Culmina todo con los golpes Morse que según Coral anuncian noticias, noticias buenas seguramente, pues el sacerdote amanece optimista.

En agudo contraste con el sacerdote, el teniente tiene una idea clara y concreta de Dios y vive y actúa de acuerdo a ella. Considera que los curas engañan a la gente hablándoles de Dios, además de esquilmarles su dinero, ofreciéndoles cosas para después de la muerte.

¿Qué ha hecho Dios nunca por vosotros? (37)

pregunta furioso cuando los campesinos se niegan a delatar al sacerdote y añade que los curas sólo les hablan del cielo y de que todo mejorará cuando mueran, pero

yo (el teniente) os digo todo será -  
espléndido cuando hayan muerto ellos.  
(38)

Siente un odio recalcitrante contra Dios, la Iglesia y los curas que se remonta a su infancia, y al ver la foto del sacerdote en la fiesta de primera comunión al recordar el pasado "Algo que pudiera llamarse horror le agitó". (39) El incienso de las iglesias, las vestiduras de encaje de los sacerdotes presuntuosos que pedían mortificaciones a sus ya exhaustos feligreses, cuando ellos, los sacerdotes no eran capaces de sacrificar nada, le enfurecían. Para él, Dios no sabe nada y no vale nada, es sólo la excusa para mantener a los pobres, pobres e infelices con la promesa de una vida ulterior mejor. Por esto, cuando le promete al sacerdote buscar al Padre José, lo hace con un deseo de

mostrarse superior en algún aspecto,  
fuese de valor, veracidad o justicia  
... (40) (en) aquel mundo corrupto y  
caduco sometido a Dios. (41)

Dios no existe para él, y le enfurece que todavía haya gente que crea en un

Dios amante y misericordioso. (42)

Sabe que hay quienes dicen estar en comunicación directa con El, pero la única experiencia real suya es:

la existencia de un mundo que muere y  
se enfría con seres humanos que evolu-  
cionaron desde animales. (43)

Y por esta razón, porque no hay Dios, el teniente tiene que ayudar a la gente, para que mejore, para que no sufra. Es la suya una ayuda desin-

teresada y entusiasta, plenamente consciente. Dios no tan sólo es innecesario, sino que estorba, nulifica el deseo de superación de la gente y por esto desea terminar por completo con los sacerdotes, las iglesias y todo lo que tenga que ver con la religión, que según él, es la responsable del atraso del país además de ser un fraude que los sacerdotes han practicado durante años:

Porque si en realidad creyeran en el cielo y en el infierno no les importaría un poco de dolor a cambio de la eternidad. (44)

Como el teniente es fiel a lo que piensa no entiende y le enoja la falta de consistencia entre lo que predicán los sacerdotes y lo que practican.

## 2. Sentimiento de Culpa.

El sacerdote, por su educación religiosa tiene un concepto del bien y del mal enraizado en la idea católica del pecado. Todo pecado es malo y por consiguiente lo bueno es aquello contrario a éste. Esta idea del pecado lo atormenta, pues él se considera un gran pecador, un ser insignificante y despreciable, incapaz de llevar dignamente la investidura de sacerdote. Este es su terrible problema, saberse indigno representante de Dios, situación que no es capaz de cambiar, ya que él no puede ni confesarse, ni absolverse y como no hay otro sacerdote que lo haga, la situación no tiene solución.

Entre sus pecados, el sacerdote lamenta ser orgulloso; fue ese orgullo el que lo hizo quedarse cuando todos se fueron, orgullo de sentirse superior, el elegido de Dios, el mejor. Y es este orgullo el inicio de la cadena de sus caídas. Al hacerle un recuento de su vida al teniente, se lo hace en estos términos:

Créi ser un ente magnífico por haber permanecido cuando los demás se fueron. Y entonces me tuve por grande que podía dictar mis propias leyes. Dejé los ayunos, la misa diaria. Dejé cuidé mis rezos y un día bebí y estaba solo. (45)

Es así como un pecado lo lleva al siguiente y todos ellos a la angustia de sentirse despreciable e insatisfecho, angustia tal que lo ahoga

y la que sólo logra paliar bebiendo.

El alcohol, claro está, es sólo un atenuante fugaz que se suma luego como otro pecado más a su ya muy cargada conciencia.

¡Oh Dios, perdóname! Soy un hombre orgulloso, lujurioso y voraz. He amado con exceso de autoridad. (46)

Es esta una parte de un monólogo interior en el que el sacerdote hace un recuento de su vida y llega a la conclusión de que ellos (los campesinos) merecían tener un mártir para guiarles y no a él tan corrupto y despreciable. Esta minusvalía de su persona, lo hace razonar de muy diversas maneras, como cuando se corrige por juzgar al mestizo indigno de la gracia de Dios.

¿Cómo pretendía él con su orgullo, lujuria y cobardía ser más digno de aquella muerte (la de Cristo) que aquel mestizo? Aquel hombre intentaba venderlo por un dinero que necesitaba y él había traicionado a Dios por una lujuria que ni siquiera era auténtica.  
(47)

De esta forma, aun el mestizo resulta más digno que él del amor de Dios, ya que su pecado (el del mestizo) tiene una justificación, la pobreza, su necesidad de dinero, en tanto que él, el sacerdote, es tibio aún en la lujuria. Esta es una de sus más pesadas culpas pues pese al remordimiento infinito que tiene por haber engendrado una hija, ofendiendo a Dios al ceder a los impulsos de la carne, en igual intensidad experimenta un gran amor, un amor angustiado y protector hacia esa hija, sitiéndose aún más culpable por no rechazarla. Aquella hija que el sacerdote recuerda

al oír la palabra ilegítima:

su corazón latió dolorosamente: fue - como si un enamorado oyera pronunciar a un extraño un nombre de flor que - también fuese nombre de mujer. Ilegítima. La palabra lo llenaba de miserable felicidad. (48)

De nuevo se encuentra el sacerdote preso en esa confusión de sentimiento contrarios: su conciencia le dicta que debe rechazar el producto de su pecado mortal, que lo separa por completo de Dios y le hace perder la vida eterna, pero su corazón, ama a la niña, con un amor culpable contra el que es incapaz de luchar. Pero aun en su congoja le ofrece a Dios su alma con tal de que su hija no se condene. La noche antes de morir le ruega a Dios, como ya ha hecho varias veces antes:

Condéname a mí: lo merezco, pero que ella disfrute de la vida eterna. (49)

Esta es la sublimación de su amor, cambiar su salvación por la de su hija, aún pagando él el precio más alto que conoce, el de su condenación eterna.

Otro aspecto que hace sufrir al sacerdote, una pena tal vez no tan dolorosa como la de su hija, pero constante y pertinaz, en su cobardía frente al dolor, a la soledad, al no saber qué hacer, a la muerte, a la vida incierta que lleva. Sólo bebiendo logra escapar a ratos de todo esto. Ya al empezar la novela, el sacerdote bebe y al platicar con Mr. Tench:

sostenía su vaso lleno de aguardiente,

con cautela, como si fuese un animal -  
que cobijara, pero del cual no se fia-  
se. (50)

El beber en él, es ya una necesidad, un vicio arraigado que no tiene límites. Su excusa para beber va cambiando, pero tiene siempre atrás su vida insatisfecha y vacía que cada momento se va estrechando más, dejándole como único motivo para continuar viviendo, el instinto de supervivencia, el seguir vivo al precio que sea para vivir "cualquier clase de vida". (51)

Al esconderse en la Central Bananera y conocer a Coral, la niña americana, ésta comenta que ya el sacerdote no se ve asustado como cuando ella lo vio por primera vez, a lo que el sacerdote responde:

Un poco de bebida hace maravillas en un hombre cobarde. Con algo de aguardiente, ¡vamos! desafiaria... al diablo. (52)

La niña le ha llevado cerveza. La bebida es su único apoyo en esa existencia suya tan carente de satisfactores y tan preñada de angustia. Tal vez el grito más desesperado que en este sentido se oye en toda la novela es cuando el sacerdote, al sentir cerca la muerte, exclama "En este momento deseo beber más que cualquier cosa, más que a Dios". (53) Este es el clímax de esa necesidad imperiosa que tiene de beber como medio para soportar su existir.

Esta flaqueza humana en la que el sacerdote lamenta tanto haber caído, pero de la que es totalmente incapaz de escapar, el teniente la comprende y la víspera de la ejecución del sacerdote, le proporciona bebida

para aliviar un poco su espera de la muerte. El sacerdote le dice:

Acaso usted no la necesitaría en mi lugar. Pero yo siempre tuve miedo al dolor. (54)

A veces esa búsqueda desesperada se disfraza o autojustifica con la necesidad del sacerdote de tener vino para consagrar durante la misa, pero esto es tan sólo un conflicto más, pues en realidad él usa el aguardiente para darse valor, para seguir viviendo y hasta para sentirse aturcido por él. Sabe perfectamente que lo llaman pater-wisky, que es un mal ejemplo para la gente, en especial para los niños, pero carece por completo de la fuerza de voluntad para dejar de beber y en cuanto la oportunidad se le presenta, bebe "con afición culpable". (55)

Y cuando el sacerdote se encuentra en la cárcel y les dice a los presos que ofrecen una recompensa por entregarlo y nadie la acepta

sintióse conmovido por un afecto extraordinario. Tuvo una sensación de compañerismo que nunca experimentara en tiempos antiguos. (56)

Así el sacerdote se siente más cerca de la gente ahora que él ha pecado que cuando era inocente y se creía superior a ellos.

Durante su inocencia no sintió amor por nadie; ahora su corrupción le ha ba enseñado". (57)

El pecado lo ha humanizado, lo ha hecho comprender mejor la naturaleza humana, ha acortado la distancia entre sus teorías sobre lo que debe

sentirse y la realidad. Esto ha sido algo provechoso para él pues ahora es un hombre un poco más equilibrado en sus juicios, tanto acerca de su persona, como de la de los demás.

Por otra parte el concepto del bien y el mal del teniente es pragmático: todo aquello que sirve para ayudar a la gente a mejorar sus condiciones de vida, ya sea individual o colectivamente, es bueno, y todo lo que entorpezca esta finalidad, es malo. El teniente posee una clara idea a este respecto y no titubea en nada para alcanzar sus fines. Su proceder es claro y preciso y no sufre de sentimiento de culpa alguna cuando se trata de lograr sus metas. Así para atrapar al sacerdote toma rehenes como medida de coerción para obligar a la gente a que lo delate, pues el sacerdote es la encarnación del mal que debe desaparecer. El fin justifica los medios. Para el teniente el mal está en la Iglesia y sus representantes y el bien es acabar con todo eso de raíz, comenzar de nuevo, "necesitaba destruir todo". (58)

Luchaba precisamente por los niños, quisiera eliminar de su infancia cuanto le hiciera a él desgraciado, todo lo que fuera pobre, supersticioso y - corrupto. (59)

Y esto en sí, era suficientemente bueno y valioso para lograrlo al precio que fuera. Deseaba acabar

primero con la Iglesia luego con los extranjeros, después los politicastros. (60)

Toda la fuerza de su ser, de su pensamiento y de su acción la emplea para satisfacer ésta que es para él una necesidad vital, su razón de existir. Por esto pone al servicio de su ideal todos los medios a su alcance para coronar su deseo infinito de crear un mundo nuevo en especial para los niños. Este deseo se vuelve casi una obsesión y cuando ya todo ha terminado, el teniente se siente exhausto y su vida carece de sentido.

Los resortes de su actividad parecían haberse roto. Recordaba las semanas de acoso como un tiempo feliz terminado para siempre. Sentíase sin objeto como si la vida se hubiese agotado en el mundo. (61)

Con la muerte del sacerdote terminan para el teniente los días en que su vida estaba plenamente programada, inmersa en la búsqueda de éste, el último sacerdote rebelde. Más como acontece cuando se vive por un tiempo prolongado bajo una fuerte tensión, al acabarse ésta, el organismo parece no saber qué hacer ahora que la calma lo envuelve y el adaptarse a esta nueva situación le causa trabajo, pues el tiempo que antes escaseaba, es ahora prolongado y lento y no sabe qué hacer con él. El teniente

sentóse en el escritorio, apoyó la -  
cabeza en las manos y quedó dormido  
con lasitud extrema. (62)

### 3. Sentido del Deber.

Gran parte de las acciones del sacerdote son contrarias a lo que él quisiera hacer y están marcadas por las circunstancias del momento que desde un punto de vista religioso, podríamos llamar la voluntad de Dios, pero que tienen la característica de resolverse de acuerdo con la decisión libre del sacerdote, quien pudo haber actuado en forma contraria.

Un gran acierto de Greene es lograr combinar los hechos de una forma tal que ambas posibilidades tienen cabida: el hacer y el no hacer, y es el sacerdote en última instancia quien escoge. Por esta razón el sentimiento del deber del sacerdote y las causas circunstanciales que lo determinan, están estrechamente unidos de forma tal que al estudiar uno se hace necesario estudiar el otro en esa simbiosis especial y muy acertada que emplea Greene.

Las decisiones del sacerdote son las más de las veces contrarias a lo que él desea hacer pero sus obligaciones lo hacen actuar de forma opuesta a su voluntad, aunque sacudido por una "ira diminuta", (63) Tal vez es la impotencia ante lo que pasa y contra lo que no intenta ni siquiera luchar, lo que ve con una especie de fatalismo y es tan pusilánime que no se atreve a negarse cuando le solicitan sus servicios. La primera vez que esto sucede es al principio de la novela, cuando el sacerdote trata de huir en el barco con rumbo a Veracruz, pero cuando está a punto de zarpar, llega un niño indio buscándolo para que confiese a su madre moribunda. El sacerdote

se había levantado a regañadientes.  
Se doblegaba ante un suceso que no -  
podía evitar. (64)

Es así como su deber de sacerdote le hace perder la oportunidad de huir; sin embargo, el cumplir con él no le produce alegría alguna, ni siquiera satisfacción, sino que siente una "amargura monstruosa" (65) ante la tremenda desilusión de no poder escapar. Y aunque es su propia decisión el ir a atender a la mujer, como lo hace de una forma tan forzada y con tal desgano, no tan sólo no se siente bien por cumplir con sus obligaciones, sino que además siente rabia contra el niño y la mujer por ser ellos los causantes de que su huida fracasase.

Peor aún, el darse plena cuenta de su indignidad como sacerdote le carga aún más el alma de sentimientos de culpa, pues está plenamente consciente de que el cumplir con su misión de sacerdote no le causa alegría alguna, sino por el contrario furia y fracaso.

Sintió inquina involuntaria por el -  
chico que iba delante y por la mujer  
enferma: era indigno de la misión -  
que cumplía. (66)

La incapacidad que tiene el sacerdote para enfrentar sus problemas de una forma adecuada que lo dejen en paz consigo mismo radica en esta tibieza de sus acciones de la que sólo tiene frustración. Una y otra vez duda sobre cuál es su deber, huir o quedarse.

Si me voy encontraré otros sacerdotes,  
me confesaré, tendré contrición y seré  
perdonado... La Iglesia enseña que el  
primer deber de los hombres es salvar  
su propia alma. (67)

Pero, y en este pero radica toda su incertidumbre, cuando se hubiese marchado sería como si Dios, en todo aquel espacio entre el mar y las montañas, hubiera dejado de existir.

¿no sería deber suyo el quedarse, aunque le despreciasen, aunque fuesen - asesinados por su causa, aunque les corrompiese su mal ejemplo? (68)

Este dilema es agobiante para él, pues encuentra argumentos válidos tanto para irse como para quedarse. La decisión entre salvar su propia alma, la cual él sabe que es su primera obligación o quedarse a salvar otras almas, a expensas de la propia, es algo que él no puede resolver, y ante la enormidad del problema,

Se llevó a la boca la botella de aguardiente, (69)

en un deseo, tal vez de ahogar la duda inmisericorde que lo abrumaba. Pero esto es más bien un problema mental, pues en la práctica siempre opta por cumplir con su deber, aunque le sea tan amargo.

Las circunstancias le son a veces propicias y gracias a ellas logra conservar la vida, aunque en una forma irónica; como cuando los soldados llegan al pueblo donde el sacerdote tenía su parroquia y María su ama de llaves, para que no lo reconozcan, le invita a entrar en la cama con ella. Y con ese sentido práctico e intuición de las mujeres del pueblo, le da a comer cebolla para disimular el aliento alcohólico que tiene el sacerdote por haber bebido el vino de consagrar al oficiar la misa. Con estas dos acciones burla a sus perseguidores y para mayor abundamiento, María hace

que Brígida su hija, diga que él (el sacerdote) es su padre, borrando así la más mínima sospecha sobre su identidad. El teniente ignora que el sacerdote tenga una hija, es un hecho insólito que sitúa al sacerdote en ventaja sobre el teniente quien al buscar a un sacerdote lo último que imagina es que tenga una hija. Lo irónico del asunto está en que al no reconocerlo, el teniente toma un muchacho como rehén y él (el sacerdote) al ver esto rápidamente se ofrece en su lugar, pero es rechazado por viejo e inservible. Las circunstancias por esta vez lo salvan de morir.

También es circunstancial su encuentro con el mestizo, circunstancial y funesto. Cuando el sacerdote va camino al Carmen, le pregunta precisamente al mestizo cómo se puede llegar ahí y de esta breve conversación, el mestizo intuye que se trata del sacerdote al que están buscando, pues la forma correcta y mesurada de decir las palabras que éste emplea no corresponde a la manera de hablar de los lugareños; aunque el sacerdote está vestido pobremente como campesino, no logra engañarlo.

Desde ese momento el mestizo no lo deja en paz, pisándole siempre los talones, pretendiendo ayudarlo para no perderlo de vista. Así la intuición malsana del mestizo se vuelve la perdición del sacerdote que nunca logra anular su efecto destructor. La entrega final del sacerdote la hace el mestizo tras cuidadosa urdimbre que teje con sus conocimientos de la religión católica así como con las reacciones que sabe que el sacerdote tendrá ante los hechos. Su olfato maligno le dice qué argumento presentarle al sacerdote para que éste sea incapaz de negarse a seguirlo: un hombre moribundo y cargado de culpas solicita le confiese, le dice. Es el yanqui a quien están persiguiendo y que se encuentra gravemente herido. El sacerdote sabe esto y al leer una frase escrita en inglés en un trozo de papel ya no le cabe duda alguna sobre la identidad del moribundo. Decide ir

a auxiliario, aunque sabe perfectamente el peligro que esto implica para él. De nuevo la oportunidad de escapar se le va de las manos.

Sintió el cepo otra vez irrevocablemente. (70)

Sabe que es una trampa para atraparlo, pero que es evidente además que un hombre le necesita y en ese caso él no quiere añadir a su conciencia otra culpa más, el haberse negado a confesar a un moribundo en pecado mortal. Tiene que ir. Y finalmente acude a la que sabe puede ser su cita con la muerte.

De nuevo al comparar toda la conflictiva del sacerdote con el proceder el teniente el contraste es obvio: ante todas las dudas que aplastan y atormentan al sacerdote, el teniente está siempre cierto de lo que debe y lo que no debe hacer. No tiene dudas, su actuar va en total acuerdo con su forma de pensar. Lamenta haber tenido que matar a tres hombres en su búsqueda del sacerdote, hombres de su misma clase y a quienes él hubiera querido proteger y darles un mundo mejor. Pero como el teniente estaba convencido de la necesidad de atrapar al sacerdote y que cualquier medio era lícito con tal de lograr su fin no titubea en matar a los rehenes como una medida de presión para que la gente no esconda ni proteja al sacerdote.

Las circunstancias también afectan al teniente. En primer lugar cuando el teniente, al platicar con el jefe de la policía, se entera de que hay un cura vivo, solicita autoridad y apoyo para ser él quien lo persiga. Así empieza su búsqueda con una mezcla de odio y sentido del

deber para acabar con lo que él considera el peor azote del estado, los sacerdotes. Las circunstancias lo colocan en esta posición, y son también las circunstancias las que en dos ocasiones hacen que el sacerdote caiga en sus manos. En ambas oportunidades el teniente no lo reconoce y lo deja libre. La primera es cuando el teniente llega a buscarlo al pueblo donde era párroco. La segunda cuando es detenido en la cárcel por vez primera. El teniente mismo le da cinco pesos al ponerlo en libertad, a lo que el sacerdote exclama:

El precio de una misa. (71)

Posteriormente, cuando el teniente sabe esto por boca del sacerdote, comenta furioso:

¡Qué ridículo más aterrador! Haberle tenido en las manos y dejarle escapar. (72)

El teniente cree a tal grado en la corrupción de la Iglesia y los sacerdotes que cada vez que puede arenga a la gente para convencerla de que está equivocada al creer en Dios y todo lo que a El se refiere. Sus sermones, a diferencia de los del sacerdote, nacen de la absoluta convicción de lo que dice y tienen la sana intención de cambiar el estado de cosas caduco y malsano que vive; no son teorías abstractas, sino ideas prácticas para mejorar. El teniente no teme a sus sentimientos y por eso le dice con toda claridad al sacerdote que el haber tenido que matar a los rehenes "hizo que lo detestara aún más". (73) Así pues el teniente odia al sacerdote, ya que, por su culpa se vio obligado a matar a su propia gente.

El sentido del deber del teniente es así: claro, sin recovecos y además profundamente humano, como cuando le pregunta al sacerdote, cuando ya está preso, si desea algo y éste le responde que un cura para confesarse. El teniente va en busca del cura, aunque no cree en esas cosas, pero realiza la ayuda tomando en cuenta los motivos y los deseos del sacerdote y no los suyos propios. En su magnanimidad, transgrede la ley, ya que los sacerdotes todos se encuentran fuera de ella, estando totalmente prohibido tanto administrar sacramentos como solicitarlos.

El teniente logra separar el odio recalcitrante que siente hacia la Iglesia, la religión y los sacerdotes, de lo que este sacerdote en particular y en desgracia necesita y es capaz de ver en el sacerdote solamente a un hombre afligido y acobardado que se encuentra en sus manos. La respuesta del teniente a esta situación, es una ayuda franca y desinteresada con la que tan sólo se buscará problemas en el caso de ser descubierto.

Al fracasar este intento de ayudar al sacerdote, el teniente le proporciona un poco de aguardiente a pesar de la ley y con el único afán de aliviar en algo la última noche del sacerdote. De esta manera el cumplir con el deber, no ha deshumanizado al teniente, sino por el contrario, el tener autoridad y criterio lo han dotado de la posibilidad de dar, capacidad que él ejercita con largueza.

Hemos visto cómo las circunstancias son independientes de las decisiones del teniente y no determinan en lo absoluto sus acciones. El teniente no duda como el sacerdote ante las circunstancias, sino que éstas son totalmente ajenas a su proceder consciente y sólo enfatizan la ironía del momento.

El interés especial del novelista del siglo veinte radica en explo-

rar las profundidades íntimas de la mente en toda su complejidad. (74)  
Esto es lo que Greene logra de una forma asombrosa, pues El Poder y La Gloria es una gran novela. El mensaje religioso es evidente pero Greene no se ha detenido ahí. Al plasmar en los personajes toda una gama de conflictos su deseo por entender al hombre ha sido mayor que el de juzgarlo, logrando así tanto una obra de gran fuerza moral y religiosa como una verdadera creación literaria.

## NOTAS CAPITULO II

- (1) Graham Handley, Brodie's Notes on Graham Greene's The Power and the Glory, London, Pan Books Ltd. 1977 c 1977. p. 18
- (2) J. Middleton Murry. El Estilo Literario, México Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica 1956 c 1922. p. 92-94
- (3) Ibid. p. 81-82
- (4) D. Wayne, Gunn. Escritores Norteamericanos y Británicos en México, México, Fondo de Cultura Económica 1985 c 1977. p. 155
- (5) Graham Greene. El Poder y La Gloria. España. Editorial Seix Barral, S.A. 1984 c 1940. p. 104
- (6) Ibid. p. 69
- (7) Idem.
- (8) Graham Greene. op. cit. p. 70
- (9) Ibid. p. 106
- (10) Ibid. p. 110
- (11) Ibid. p. 111
- (12) Ibid. p. 131
- (13) Ibid. p. 137
- (14) Ibid. p. 143
- (15) Ibid. p. 145
- (16) Idem.
- (17) Idem.
- (18) Graham Greene. op. cit. p. 152
- (19) Ibid. p. 155
- (20) Ibid. p. 169
- (21) Idem.
- (22) Graham Greene. op. cit. p. 182
- (23) Ibid. p. 211
- (24) Ibid. p. 185

- (25) Ibid. p. 202
- (26) Ibid. p. 212
- (27) Ibid. p. 213
- (28) Idem.
- (29) Greene. op. cit. p. 208
- (30) Ibid. p. 215
- (31) Idem.
- (32) Greene. op. cit. p. 222
- (33) Ibid. p. 225
- (34) Idem.
- (35) Greene. op. cit. p. 225
- (36) Ibid. p. 226
- (37) Ibid. p. 81
- (38) Idem.
- (39) Greene. op. cit. p. 21
- (40) Ibid. p. 217
- (41) Idem.
- (42) Greene. op. cit. p. 23
- (43) Ibid. p. 24
- (44) Idem.
- (45) Greene. op. cit. p. 211
- (46) Ibid. p. 104
- (47) Ibid. p. 108
- (48) Ibid. p. 136
- (49) Ibid. p. 223
- (50) Ibid. p. 11
- (51) Ibid. p. 129

- (52) Ibid. p. 44
- (53) Ibid. p. 143
- (54) Ibid. p. 222
- (55) Ibid. p. 11
- (56) Ibid. p. 131
- (57) Ibid. p. 152
- (58) Ibid. p. 24
- (59) Ibid. p. 62
- (60) Idem.
- (61) Greene. op. cit. p. 222
- (62) Ibid. p. 223
- (63) Ibid. p. 14
- (64) Idem.
- (65) Greene. op. cit. p. 15
- (66) Ibid. p. 17
- (67) Ibid. p. 70
- (68) Ibid. p. 71
- (69) Idem.
- (70) Greene. op. cit. p. 193
- (71) Ibid. p. 213
- (72) Ibid. p. 153
- (73) Ibid. p. 206
- (74) Peter Faulkner. Humanism in the English Novel. London Elek Pemberton  
1975 c 1976. p. 4

### CAPITULO III

#### PROCESO DE MADURACION DEL SACERDOTE Y EL TENIENTE

##### 1. Por qué y para qué de la Existencia.

El sacerdote en la novela soporta una existencia infinitamente solitaria e infeliz. Vive minuto a minuto con la zozobra de que lo capturen y lo maten y las escasas fuerzas con las que cuenta las emplea en huir, en esquivar la muerte que lo acecha por todos lados. Esta situación se vuelve extremadamente complicada para él que es ya un ser débil, cobarde e insignificante, que carece tanto de fuerza de voluntad como de amigos que lo ayuden a enfrentar sus problemas.

Además de esto, él considera como algo irremediable e imposible de eludir el hecho de ser sacerdote

como un estigma de nacimiento, (1)

dice Coral, la niña americana, cuando ella trata de entender el porqué el sacerdote no puede renunciar a su fe, como ella le propone, para salvar su vida.

Y este buscar la forma de mantenerse vivo, lo debe hacer completamente solo, preñado de angustia, aplastante y devastadora que mina su ya frágil y mustio existir.

En su poquedad y descuido tenía aspecto de persona sin importancia, vencido incidentalmente por la enfermedad o la inquietud. (2)

Y es por demás significativa la observación que hace Mr. Tench, el dentista, al conocerlo:

traía el recuerdo penoso de un ataúd; la muerte ya residía en su boca cariada. (3)

A través de Mr. Tench, se sabe también que el sacerdote tenía

la dignidad empequeñecida de la gente temerosa de un leve dolor, que sin embargo permanecía sentado en la silla con cierta firmeza. (4)

Estos comentarios del dentista, retratan de una manera muy efectiva y cierta los puntos débiles del sacerdote: su poquedad, su cobardía ante el dolor, su incapacidad de substraerse a éste, su olor a muerte.

A estos comentarios se van sumando otros a lo largo de la novela, como éste:

los zapatos era simbólicos como los estandartes con telarañas de las iglesias... los averiados zapatos implicaban un pasado diferente, las arrugas de la cara indicaban esperanzas y temores al futuro. (5)

Para Coral, la niña de la Central Bananera, su cara era "indigna de confianza". (6)

Estas descripciones del sacerdote se encuentran muy al principio de la novela en boca de personas que apenas lo conocen. Tienen fuerza y precisión ya que están dadas no como conceptos abstractos, sino a través de comparaciones con aspectos de la vida diaria que son perfectamente conocidos por aquellos que los dicen. Así el dentista utiliza imágenes de caries como signos de decadencia y muerte y compara la carencia de dignidad que adivina en aquel hombre con la cobardía que ha visto muchas veces reflejada en sus pacientes cuando se enfrentan al dolor. Así de forma única y concreta queda atrapada la impresión que este hombre, el sacerdote, causó al dentista. Los hechos mismos, posteriormente, van nutriendo esta apreciación, delineando poco a poco la personalidad medrosa y de repulsiva humildad que caracteriza al sacerdote.

Greene utiliza su poder literario para concretar en su personaje las flaquezas humanas que lo conforman. El trabajo minucioso de Greene penetra hasta lo profundo. Las debilidades que esboza al principio por boca del dentista las retoma una y otra vez para mostrar el proceso de deterioro del sacerdote en toda su desnudez.

Así pues la huida se convierte en la razón de vivir del sacerdote de una forma tal que no es posible saber si huye para mantenerse vivo o si se mantiene vivo huyendo, pues ambas cosas se vuelven una. En las vicisitudes y amarguras que sufre en su camino su cobardía y pequeñez se hacen más evidentes. Su miedo abarca muchas situaciones y él está plenamente consciente de su cobardía:

No soy un hombre santo, ni siquiera  
un hombre valiente. (7)

Yo siempre tuve miedo al dolor. (8)

el sacerdote exclama en dos ocasiones diferentes refiriéndose a sí mismo y hace una suma asombrosa de sus miedos cuando se cree atrapado por los soldados en su primer encuentro:

cavilaba cuándo le entraría el miedo; lo tuvo cuando el policía le abrió la caja, pero de aquello hacía años; lo sintió escondido en la cobertizo, -- mientras la niña discutía con el oficial, y aquello fue sólo unas semanas antes. Sin duda lo volvería a sentir pronto. (9)

La cobardía es pues uno de los principales componentes de la existencia del sacerdote. Otro elemento es el desasosiego que éste siente por estar en pecado mortal y de ser eternamente condenado por esta razón.

Hubo una ocasión en que se acercó al canon de la Misa con verdadero pavor físico; fue la primera vez que consumió el cuerpo y la sangre de Dios estando en pecado mortal. (10)

Es este pecado mortal que juzga tan bajo e inmundo lo que peor le atormenta y su hija, la encarnación de éste, le aflige sobremanera, pues la sabe mala e insensata:

el mundo ya se alojaba en su corazón (el de Brígida) como el germen de la podredumbre en una fruta. (11)

En un hombre común y corriente el ser cobarde, lujurioso e indigno

es una carga difícil de sobrellevar, pero en el caso de un sacerdote la cosa es aún más angustiosa. El solo hecho de ser ministro de Dios hace que los demás piensen de él como alguien si no santo, por lo menos recto y virtuoso y el fallar en estas cualidades mínimas, siendo además el único sacerdote vivo en muchos kilómetros a la redonda, lo coloca en una posición extremadamente difícil. Si a esto unimos que la investidura de sacerdote le confiere la categoría de hombre instruido que sabe lo que debe y lo que no debe hacerse en todo tipo de circunstancias, su existencia cargada de dudas, miedo, incertidumbre y soledad es aniquiladora.

Como elemento culminador de todos estos problemas está el concepto de Dios que tiene el sacerdote. El pavor que siente hacia Dios por encontrarse en pecado mortal, así como sus demás debilidades lo sitúan en gran desventaja ante sus juicios. Su persona está desvalorada ante sí mismo y ve el juicio de Dios como algo imposible de superar o que ni siquiera sería capaz de soportar. Su fe en Dios, que debería de proporcionarle apoyo y alivio, se convierte en la fuente misma de desasosiego. Es importante recordar que él se hizo sacerdote por un deseo inmenso de huir de la pobreza a la que catalogaba como crimen.

se había figurado que cuando llegase  
a sacerdote sería rico y respetado;  
a eso se llamaba tener vocación.(12)

Y la vida en su ironía lo tiene ahora colocado en ese estado ignominioso de indignidad y pobreza que le es útil como un medio de esconderse de sus perseguidores y no ser reconocido. Tal es su alborozo por esta causa que al verse reflejado en un charco, se siente feliz pues

pensaba, lo había logrado: jamás lo reconocerían ya. (13)

Pese a no querer ser reconocido y saberse tan insignificante el sacerdote tiene conciencia plena de su valor y no obstante sus muchas culpas dice:

No importa gran cosa que yo sea un -  
cobarde y todo lo demás. A pesar de  
ello puedo depositar a Dios en la bo  
ca del hombre y puedo darle el per-  
dón de Dios. Y esto sucedería igual  
aunque todos los curas de la Iglesia  
fuesen como yo. (14)

Es el sacramento de la ordenación sacerdotal el que le confiere este poder inalineable que nada ni nadie le puede quitar. Y, tal vez por esto, él continúa adelante en su existir aún sabiéndose indigno y mal sacerdote. En el fondo sabe que es sacerdote, pese a todo.

El conoce perfectamente el devenir de su vida. Sabe que al principio el ser sacerdote implicaba tan poco esfuerzo que todo parecía fácil, asequible y sin problemas.

Predicar y bendecir, organizar herman  
dades, tomar café con damas provecas,  
detrás de las ventanas enrejadas, ben  
decir casas nuevas con un poco de in-  
cienso, usar guantes negros. (15)

Pero cuando se acaba la calma y los sacerdotes son perseguidos, todo se complica y su sacerdocio se vuelve algo azaroso e intrincadamente complicado.

Sin embargo algo gana el sacerdote de todas esas vicisitudes en las que se ve envuelto pues, ahora, después de sus sufrimientos al predicar experimenta algo nuevo:

Durante unos segundos sintió satisfacción inmensa, ya que podía hablar del sufrimiento sin hipocresía. Resultaba difícil predicar la pobreza cuando se es un cura orondo y bien alimentado. (16)

Posteriormente al encontrarse en la cárcel y darse cuenta de que los presos no lo delatarán

sintiéndose conmovido por un afecto extraordinario. (17)

Ahora que en carne propia sufre vejaciones, miedo e incertidumbre, es mucho más indulgente y capaz de entender las flaquezas humanas, sabiduría que nace de su propia experiencia, la mejor maestra en estos casos.

Durante su inocencia no sintió amor - por nadie, ahora su corrupción le había enseñado. (18)

Hacia el final, cuando va a confesar al americano, sabe que también va a encontrar su propia muerte.

Había llegado al mismo borde del tiempo, pronto no habría mañana, ni ayer, sólo una existencia perdurable. (19)

Así pues, la existencia del sacerdote es una suma abrumadora de sinsabores que él, en su pequeñez, sufre porque no puede ni sabe cómo sortear. La suya es una existencia amarga, infinitamente infeliz y solitaria de la que sale enriquecido con experiencias dolorosas que le enseñan el sabor real del sufrimiento que él tan sólo conocía en teoría.

El teniente sabe por qué existe y para qué desea existir. En aquella ciudad sucia y andrajosa donde vive,

su limpieza daba una impresión de ambición excesiva. (20)

Había algo sacerdotal en su andar decidido y vigilante. Su alojamiento parecía tan lúgubre como una celda de cárcel o un monasterio. (21)

El no sentía necesidad de mujeres. (22)

Todo esto que describe al teniente parece la suma de cualidades inherentes a un buen sacerdote: pulcritud, decisión y castidad en su persona, parquedad en sus posesiones. Y en cuanto a su espíritu sabemos que es

una figura de odio portadora de un secreto de amor. (23)

Odio hacia la Iglesia y los sacerdotes que para él son los causantes de todos los males que afectan a la gente, odio que en él adquiere un carácter casi patológico pues se manifiesta aun físicamente:

algo que pudiera llamarse horror le -

agitó al mirar los vestidos de museli  
na blanca. (24)

Esto sucede cuando ve en la foto de la Primera Comunión donde está  
el sacerdote y se entera de que lo dejó escapar:

Una expresión de repugnancia física  
cruzó por su cara. (25)

Al responderle el sacerdote que con matar a los rehenes tal vez  
les dio la vida eterna:

el teniente escupió rencoroso. Como  
si tuviera algo inmundo sobre la len  
gua. (26)

El teniente portador de un secreto de amor para los niños y sus  
semejantes, quiere darles todo lo que no tuvo en su niñez.

Aquella era su tierra y si pudiera la  
hubiera rodeado de muros de acero has  
ta desarraigar de ella todo cuanto le  
recordase la miseria de que estuvo ro  
deada su niñez. (27)

Luchaba precisamente por los niños, -  
quisiera eliminar de su infancia cuar  
to le hiciera a él desgraciado. (28)

Su existencia se vuelca en un deseo infinito de servir a los niños  
y a la gente del pueblo y no hay obstáculo que él no derribe para alcanzar  
su meta. Su existencia toda tiene esa base: acabar con los sacerdotes,

la Iglesia y la religión, culpables directos del atraso, superstición y pobreza en que vive la gente. Pero no es un teórico de lo que piensa y dice, sino un ser práctico, activo y acucioso que pone toda su energía y capacidad para atrapar al sacerdote. Esta cacería se convierte en el eje de su vida, coge rehenes de los pueblos como medida coercitiva para que delaten al sacerdote, presiona al máximo hasta lograr su fin y lo cumple hasta las últimas consecuencias, fusilando al sacerdote.

El proceder del teniente en contraste con el del sacerdote no tiene altibajos, es constante, directo hacia su punto. Siempre sabe lo que quiere y actúa de acuerdo para obtener sus fines, de una forma transparente y segura, sin cobardía ni dudas. El teniente es un ser íntegro y bueno, capaz de dar, abierto al diálogo y a las ideas de los demás, seguro de sí y de sus obligaciones. Es un idealista práctico que no requiere de la religión para mejorar al mundo. Como el sacerdote, es un ser solitario que carece de personas afines con quienes hablar pero a su diferencia no le hacen falta, pues el teniente es fuerte y seguro de sí; lo que tiene y lo que sabe lo ha logrado sin ayuda, tan sólo con el deseo de ser útil y mejor. Posee un humanismo maravilloso que le permite darse a los demás en forma desinteresada y plena:

... daremos alimento al pueblo, le en  
señaremos a leer, le daremos libros.  
Procuraremos que no padezca. El sufri  
miento es también un delito. (29)

Así contesta el teniente al sacerdote, cuando ambos discuten sobre Dios y el por qué de la vida.

## 2. La Soledad.

Para el sacerdote, la soledad es su sombra y muda compañera. Con ella va por la vida frágil e inseguro; temiéndola, sufriendola hasta la desesperación y las lágrimas, hasta la risa histérica, que le hace cargar en voz alta de sus fracasos y temores

El temor, la desesperación, media botella de aguardiente y la sensación de soledad le habían conducido a él a un acto que le horrorizaba; y el resultado fue aquel impotente amor inquieto y vergonzoso. (30)

La soledad es ingrediente decisivo en el pecado de lujuria que comete el sacerdote y del que después se siente tan terriblemente avergonzado. Su hija es el producto de su soledad, de su vida vacía y se convierte a lo largo de la novela, en una de las más pesadas cargas que él debe soportar.

La del sacerdote no es una soledad transitoria, sino constante, abrumadora. Está solo desde muchos ángulos, no tiene a nadie de su nivel cultural con quien hablar, no posee un amor tangible en quien depositar su ansia de dar. Su hija se burla de él y no le permite ni siquiera acariciarla. No puede consultar a nadie en sus dudas, pues sus superiores están lejos y él se encuentra sólo para resolver sus problemas tanto teológicos como prácticos. Cuando se pregunta si debiera irse o quedarse, no sabe

qué hacer.

Le perturbaba la enormidad del problema: yacía con las manos sobre los ojos: en ninguna parte, en toda la gran llanura pantanosa, había una sola persona a quien pudiera consultar. Se llevó la botella de aguardiente a la boca. (31)

De esta forma, el aguardiente es su único apoyo y aunque no le ayuda a resolver nada, atenúa su soledad. Dios tampoco es su compañero ya que su relación con Dios no es un acto de amor y confianza sino otro motivo más de aprensión pues al encontrarse en pecado mortal, se siente fuera de su gracia y teme su ira y castigo.

Y ese huir solitario conduce al sacerdote a situaciones especiales, como cuando llega a la ciudad en su deseo de engañar a sus perseguidores y conseguir aguardiente.

Algo enterrado muy hondo, la voluntad de salvarse iluminó momentáneamente - la situación bajo un aspecto aterrador y burlesco. Riose como un tonto jadeó y volvió a reirse, (32)

Como si la risa le ayudara a no estar solo. Era una especie de compañía y una respuesta a su vaciedad. Más tarde al encontrarse en la cárcel en aquella celda atestada de presos, leemos:

... el sonido de su propia voz, la sensación de comunicarse con otro - ser, le calmó. (33)

Su soledad se ve momentáneamente aliviada con la plática. Después de todo, el estar en la cárcel le da un cierto descanso a su huida y el encontrarse entre los presos le confiere una sensación de compañerismo que nunca antes había experimentado, ya que él era la cabeza donde se hallara y por tanto siempre estaba solo.

Una de las situaciones particularmente patéticas en la novela es aquélla en la que el sacerdote regresa a la Central Bananera, buscando la ayuda de Coral, pues sabe que

era la única persona que podía prestarle ayuda sin exponerse. (34)

El lugar está desolado, abandonado y sólo un animal asqueroso y enfermo le sale al encuentro. Es una perra, que

como cualquier ser humano tullido, - tan sólo podía pensar. (35)

Y el sacerdote al darse cuenta de que la dignidad humana queda reducida a "disputar un hueso a una perra" (36) ríe, en ese reír histérico mezcla de soledad e ironía, que estalla ante la necesidad de tener que arrancar la única comida existente a un ser en peores condiciones que las suyas. Algo que parecía no poder ser posible, es. El resulta superior en fuerza e inteligencia y vence al animal.

Tras esto, se aleja de la Central Bananera y un sentimiento de soledad profunda lo va envolviendo:

como si toda la vida humana retroce-

diese ante él, como si alguien hubiera dispuesto que en adelante le dejasen solo, completamente solo. (37)

Y la naturaleza se hace una con este sentimiento y así tras un largo y cansado día de camino observa que

en torno oíase el ruido suave del -  
agua al caer. Casi era como la paz,  
pero no del todo. Su soledad era co-  
mo una amenaza de cosas por ocurrir.  
(38)

El sacerdote continúa solo su camino en aquella tierra inmensa y accidentada. Se encuentra a una mujer india con su hijito moribundo y aunque trata de ayudarla el niño muere. Juntos van a darle cristiana sepultura allá en lo profundo de la selva. El sacerdote se encuentra exhausto.

Tiritaba casi continuamente y el dolor ya no parecía residir dentro de la cabeza, era algo exterior casi - una cosa, un ruido, un pensamiento, un olor. (39)

Sin embargo se siente mal por haber dejado sola a la mujer. Sufre fiebre, hambre y sed, pero

lo que sentía entonces era soledad,-  
había huido de los hombres. Ahora lo  
mataría la naturaleza. (40)

Es aquí donde el sacerdote alcanza el clímax de su postración para

llegar luego a la casa de los Lher donde tiene un respiro transitorio para más tarde ser apresado y fusilado. Durante su corto encarcelamiento logra salir de su soledad al platicar con el teniente e intercambiar ideas sobre Dios, la vida, etc. Pero finalmente el día anterior a su muerte al saber que el Padre José se niega a venir a confesarlo se derrumba.

La cabeza se le cayó entre las rodillitas; parecía abandonarlo todo y sentirse completamente abandonado. (41)

Ante esto el teniente le ofrece ponerlo en la celda común para que no pase su última noche solo pero el sacerdote prefiere estar solo pues tiene "mucho que hacer" (42) y sabe que al acercarse su muerte su última noche será

más lenta que la otra pasada en la cárcel porque se halla solo. (43)

Y así la soledad le acompaña hasta su última morada, muda y sombría fiel a su insignificante persona.

El teniente es un hombre solo, mas no solitario como el sacerdote. Su soledad forma parte de su carácter fuerte y seguro de sí, que no requiere apoyos.

aquella era su tierra y si pudiese la hubiera rodeado de muros de acero hasta desarraigar de ella todo cuanto le recordase la miseria de que estuvo rodeada su niñez. Necesitaba destruirlo

todo: quedar solo, sin recuerdos de -  
ningún género. (44)

En la forma misma como vive se refleja su carácter único que desprecia los lujos y excesos porque, siendo la gente tan pobre, él considera su deber vivir con austeridad.

El, acosado en su duro lecho, envuelto en el calor húmedo y en la obscuridad, no sentía ninguna simpatía por - las flaquezas de la carne. (45)

Desde este punto de vista también vive solo pues considera la necesidad de mujeres como una debilidad que él no padece.

Su aspecto era el de un hombre con - una idea fija, como si estuviera bajo la influencia de una pasión secreta - que rompiera la rutina de su vida.(46)

Y es de esa pasión secreta de donde emana su fuerza que lo hace ir por la vida solo, hacia su fin: atrapar al sacerdote. Como el sacerdote, no tiene a nadie de su nivel con quien platicar pero no le hace falta; se basta a sí mismo y no requiere de los demás para sentirse útil y pleno. Con el sacerdote logra un acercamiento que lo hace darle comprensión en los últimos momentos de su vida, proyectando hacia él su espíritu magnánimo y servicial para al final quedar solo y exhausto, ya que el motivo de su existencia termina y su vida llega a un punto brusco de reposo y vacuidad de propósito.

### 3. La Muerte.

La muerte es para el sacerdote el recordatorio constante de la huida. Debe huir para mantenerse vivo. En estrecha convivencia con la muerte está su terrible temor al dolor, al dolor que experimentará por efecto de las balas. Y es tal su cobardía de lo que sentirá que ese pavor que tiene le impulsa a esconderse, a retardar cuanto sea posible ese temido instante. Este miedo se vuelve algo tan extremadamente intenso que él pierde todo control quedando nulificado por su efecto. Este miedo tiene otros agravantes: está en pecado mortal y si muere así será eternamente condenado, situación que para un creyente es el peor destino. Por ésta razón emprende la desesperada búsqueda de otro sacerdote que lo absuelva para poder al menos salvar su alma.

Reflexionaba. Si me voy encontraré -  
otros sacerdotes, me confesaré, ten-  
dré contrición y seré perdonado. Una  
vida eterna empezará de nuevo para -  
mí. (47)

Es en este sentido, el de la condenación de su alma, que el sacerdote soporta una de sus mayores ansiedades pero al regresar a su parroquia y ver después de siete años a su hija, trueca ese temor inmenso de condena por el deseo infinito de que ella se salve, pues la ve ya a esta temprana edad ruin y maliciosa.

Los ojos de la pequeña, le amedrentaban parecía tener delante a una niña hecha mujer antes de tiempo, maquinando sus planes demasiado consciente. (48)

Aquel cuerpecito de siete años era - como el de una enana: encubría una - madurez repugnante. (49)

Ante esta evidencia dolorosa, el sacerdote sufre y desde lo profundo de su corazón implora:

Salva al menos a esta criatura. (50)

Y una y otra vez suplica que esto suceda y ofrece sufrir mayores dolores a su paso por la vida y que ésta se prolongue aunque sea dolorosa y difícil si así logra la salvación de su hija.

Todos los pequeños abandonos los tenía que pagar con sufrimientos ulteriores y ahora sentía la necesidad de algo que redimiera a su hija. Permanecería otro mes, otro año, arreedo a la mula arriba y abajo; intentaba sobornar a Dios con promesas de - firmeza. (51)

La sublimación de su amor hacia ese ser que su debilidad procreó le da un sentido nuevo a su vida y una finalidad. Pero aún así, cuando siente a la muerte cerca, se acobarda y sufre. La primera vez que es encarcelado y que tiene la casi seguridad de ser descubierto, sabemos que:

Las palabras convencionales parali-

zaban sus deseos de arrepentimiento.  
No sentía emoción sino miedo. (52)

Y un poco más adelante, al paso de las horas:

Todavía le amedrentaba la muerte, le temería más aún cuando amaneciese, - pero ya comenzaba a sentirse atraído por su sencillez. (53)

Y cuando finalmente amanece:

Su corrupción era menos evidente para sus sentidos que la muerte; la vida - se iría en una fracción de segundos. En realidad no sabía nadie cuan largo tiempo puede ser un segundo de dolor. Puede durar todo un purgatorio o toda una eternidad. Nada en la vida - era tan repugnante como la muerte.(54)

Al enfrentarse cara a cara con la muerte el sacerdote se olvida de los deseos de salvar el alma de su hija y sólo le queda el espantoso temor al dolor y lo que éste puede durar. Es incapaz de pensar en ninguna otra cosa.

Son varias y de distinta índole las reflexiones que con respecto a la muerte emite el sacerdote. Así al pensar en él y en su hija:

"Cavilaba sobre su propia muerte y sobre la vida que continuaría para ella. Tal vez el infierno para él sería con templarla alcanzándole, degradándose gradualmente, compartiendo las flaquezas transmitidas por él, como una tuberculosis". (55)

Es éste un pensamiento cargado de pesimismo en el que el pecado y el deterioro que éste produce son la principal causa de la aflicción del sacerdote. La muerte se encuentra presente en el ambiente. Greene describe la acción en el hotel a donde el sacerdote va a comprar licor con símiles de muerte, como adelantando lo que sucederá a causa de ese licor. El clima ese día es inclemente.

"Los relámpagos cubrían las ventanas como sábanas blancas". (56)

Se refiere a las ventanas del hotel donde se encuentra el sacerdote bebiendo con el jefe de la policía y los relámpagos representan la mortaja. Al abandonar el sacerdote, cauteloso y sucio, ese lugar la lluvia tiene un sentido especial, anuncia la muerte del sacerdote.

"Cae perpendicular, con intensidad en cierto modo uniforme, como si clavara tachuelas en la tapa de un ataúd".(57)

La muerte también está presente cuando el sacerdote acompaña a la mujer india, cargando a su hijo muerto:

Podrían haber sido los únicos supervivientes de un mundo que se extinguía, llevaban consigo las señas visibles - de la muerte. (58)

La muerte es una constante a lo largo de toda la novela como una sombra ominosa que se va acercando poco a poco hasta atrapar al sacerdote y destruirlo. El proceso es largo y meticuloso, cargado de angustia, miedo

y cobardía, elementos todos que lo hacen algo humillante y vergonzoso. No es una muerte gloriosa sino una extremadamente lenta y vejatoria que mina y hierde hasta dejar tan sólo

"un montón insignificante junto a la pared... algo sin importancia que ha bía que barrer de allí". (59)

Para el teniente la muerte es algo natural, sencillo e irremediable.

No le teme.

"La muerte es un hecho, no intentamos alterar los hechos". (60)

Comentarios que hace al sacerdote, cuando éste le pregunta qué hará después de que el pueblo haya tenido suficiente comida e instrucción. El teniente desea el bien de la gente para ahora mismo ya que no cree en una vida después de la muerte. Tal vez por esto tiene mayor urgencia de cambio, de acabar con el viejo orden y por lo mismo la vida le es preciosa, pues es por ella que lucha. Así pues, el haber matado a su propia gente le repugna, pues truncó sus vidas, lo único valioso que tenían. Al darse cuenta del miedo que tiene el sacerdote de morir dice:

"Alguna vez hemos de morir. El cuándo no parece de gran importancia". (61)

Y es que para el teniente la muerte que es el fin de todo, debe llegar tarde o temprano y, como él tiene la conciencia tranquila, la espera sin intimidarse.

He aquí otro gran contraste entre el teniente y el sacerdote: mientras que éste último teme a la muerte por no estar preparado para la otra vida, el teniente la espera tranquilo como algo que seguramente sucederá. En la novela, el teniente es el responsable de la muerte del sacerdote, pero esta responsabilidad no es un acto equívoco y precipitado, sino la resultante de cumplir con el deber que para el teniente es sagrado. La muerte no le persigue como al sacerdote; él va a su encuentro y hace uso de ella cuando su deber así lo indica, sin remordimientos ni temores.

Las cualidades que el teniente posee hacen resaltar su carencia de apetitos normales que le restan calidad humana por lo que el sacerdote es presentado como un ser de categoría superior a pesar de sus debilidades.

## NOTAS CAPITULO III

- (1) Graham Greene. El Poder y La Gloria. España. Editorial Seix Barral, S.A. 1984 c 1949. p. 42
- (2) Ibid. p. 11
- (3) Idem.
- (4) Graham Greene. op. cit. p. 70
- (5) Ibid. p. 44-45
- (6) Ibid. p. 41
- (7) Ibid. p. 208
- (8) Ibid. p. 222
- (9) Ibid. p. 79
- (10) Ibid. p. 77
- (11) Ibid. p. 89
- (12) Ibid. p. 73
- (13) Ibid. p. 65
- (14) Ibid. p. 210
- (15) Ibid. p. 89
- (16) Ibid. p. 77
- (17) Ibid. p. 140
- (18) Ibid. p. 152
- (19) Ibid. p. 199
- (20) Ibid. p. 18
- (21) Ibid. p. 23
- (22) Ibid. p. 21
- (23) Ibid. p. 63
- (24) Ibid. p. 21
- (25) Ibid. p. 207

- (26) Ibid. p. 213
- (27) Ibid. p. 24
- (28) Ibid. p. 62
- (29) Ibid. p. 208
- (30) Ibid. p. 71
- (31) Idem.
- (32) Graham Greene. op. cit. p. 127
- (33) Ibid. p. 135
- (34) ibid. p. 154
- (35) Ibid. p. 157
- (36) Ibid. p. 158
- (37) Ibid. p. 161
- (38) Ibid. p. 162
- (39) Ibid. p. 169
- (40) Ibid. p. 170
- (41) Ibid. p. 221
- (42) Idem.
- (43) Graham Greene. op. cit. p. 224
- (44) Ibid. p. 24
- (45) Idem.
- (46) Graham Greene. op. cit. p. 132
- (47) Ibid. p. 70
- (48) Ibid. p. 73
- (49) Ibid. p. 74
- (50) Ibid. p. 89
- (51) Ibid. p. 91
- (52) Ibid. p. 131

- (53) Ibid. p. 142
- (54) Ibid. p. 146
- (55) Ibid. p. 73
- (56) Ibid. p. 124
- (57) Ibid. p. 126
- (58) Ibid. p. 168
- (59) Ibid. p. 233
- (60) Ibid. p. 209
- (61) Ibid. p. 222

## CAPITULO IV

### CREACION LITERARIA

La crítica moderna pretende ser científica y analizar de una manera objetiva, en función de reglas universales, lo que es una novela. Claro está que estas reglas varían según el investigador que las realiza y con ellas se aspira a decir lo que es y cómo es una novela. (1) En este capítulo se estudia El Poder y La Gloria tomando como modelo el análisis que Mario Vargas Llosa hace de Madame Buvary de Flaubert en su libro La Orgía Perpetua, pero sólo en aquellos aspectos que se consideraron pertinentes: el elemento añadido, los planos temporales y el narrador.

### 1. El Elemento Añadido.

El novelista agrega algo a la realidad que ha convertido en material de trabajo, y ese elemento añadido es la originalidad de su obra, lo que da autonomía a la realidad ficticia, lo que la distingue de la real. El elemento añadido, la manera como el escritor maneja lo real, puede ser poco o nada consciente, pero cada novelista estructura el mundo de acuerdo con sus propias vivencias, corrige la realidad en función de éstas. (2)

Greene utiliza en El Poder y La Gloria un lenguaje salpicado de expresiones figurativas que atraen la imaginación ya sea por su insistencia o por su repetición. Este lenguaje rico en significado y sugerencias es el elemento añadido de El Poder y La Gloria. Cada vez que el mestizo aparece se ven dos colmillos amarillentos o un dedo gordo del pie, amarillo como una larva; una risa tonta e histérica, subraya la presencia del sacerdote, el jefe de policía tiene eterno dolor de muelas, Mr. Tench padece de indigestión.

El estilo es el instrumento mediante el cual se realiza el cambio de la realidad a la realidad ficticia. Entre ambas realidades existen distancias, diferencias. En toda novela hay dos problemas principales: la temporalización y el punto de vista. El conjunto de hechos, personas, lugares y emociones deben tener una cronología. La estructura temporal de una novela es siempre importante pues el tiempo ficticio no es jamás idéntico al real.

La relación entre el tiempo ficticio y el real plantea varias interrogantes. Por ejemplo, ¿cuándo es el comienzo? ¿Cómo se presentan en el tiempo ficticio los hechos que han causado el estado actual de las cosas en la narración? ¿Cuál es la relación entre el orden natural de los hechos en el tiempo real y la forma como éstos se presentan en el tiempo ficticio? ¿Cuál es la duración de estos hechos al cambiar del tiempo real al ficticio? (3)

Por otro lado los datos de la realidad ficticia no nacen por generación espontánea, sino que alguien los cuenta. El narrador por tanto es totalmente necesario en toda ficción. Es él el responsable del tiempo ficticio, de cómo situar los datos, pero además escoge las palabras que describen los lugares y las cosas y es él quien instituye el método de formulación de los datos de la historia, presentándolos a veces, ocultándolos otras o bien relacionándolos entre sí. El narrador con sus actitudes, los puntos de vista de una novela, da cualidades propias a la realidad ficticia.

Es claro que la cronología y la palabra, el tiempo y el narrador son una unidad inalterable, su separación es útil sólo para lograr entender la manera en que la ficción aparenta ser la vida. (4)

## 2. Los Planos Temporales.

El tiempo en El Poder y La Gloria transcurre de forma heterogénea; aunque presenta una serie no interrumpida de hechos, (hay un antes, un ahora y un después), pero estos hechos están a veces en movimiento, otras estáticos, o dando giros en redondo. Estos hechos pueden agruparse en diferentes planos tomando en cuenta la sustancia que los forma. El narrador crea estos planos temporales distintos para distribuir en ellos la materia narrativa con la que construye la realidad ficticia. (5)

### a) Tiempo singular o específico.

Los hechos de la novela que tienen las características de objetividad, especificidad, movilidad y transitoriedad constituyen el tiempo singular o específico de la realidad ficticia y se reconoce que el relato se sitúa en este plano cuando el narrador usa, para referirlo, el pretérito. (6)

Esto es lo primero que cuenta el narrador de El Poder y La Gloria:

Mr. Tench salió a buscar otro cilindro afuera, bajo el sol llameante de México y el polvo blanquecino. Unos cuantos zopilotes se asomaron desde el tejado con apática indiferencia; todavía no era él una carroña. (7)

Y cada vez que añade información específica a la historia emplea este tiempo verbal. Al aparecer el teniente, cuando está buscando al sacer-

dote, el narrador dice:

De pronto fuera del bosque, a unas - cien yardas apareció un oficial monta do... El teniente a caballo miró al- rededor y después volvió la cara ira cunda y severa hacia las cabañas si- lenciosas. (8)

Ya para terminar la novela, el narrador describe la ejecución del sacerdote así:

Un hombrecillo salió por una puerta lateral; le sostenían dos gendarmes, pero se podía decir que se portaba - bastante bien... tan sólo que no do- minaba por completo sus piernas. Le empujaron hasta la pared opuesta; un oficial le ató un pañuelo sobre los ojos. (9)

Cuando el narrador emplea el pretérito, la novela se agiliza, se vuelve dinámica porque con este tiempo se narran los sucesos que hacen progresar la historia. En ellos hay acción y movimiento. También utiliza el narrador este tiempo singular para transmitir percepciones y sensaciones que quiere hacer notar por ser excepcionales e instantáneas. Las sorpresas de la novela, los acontecimientos concretos, como el desplazamiento preciso de los personajes de uno a otro lugar y sus reacciones ante ciertos estímu- los, integran este plano específico de la novela. Cuando la materia narra- tiva está en este plano temporal específico, la realidad ficticia está en plena actividad, por lo general acción humana en el sentido de que lo que el narrador cuenta ha ocurrido una sola vez y no volverá a pasar. (10)

Pertenecen a este plano de la novela, entre otros, los siguientes

hechos. La llegada del sacerdote, su aprehensión y muerte. El desplazamiento del teniente en su búsqueda del sacerdote. La aparición del mestizo, de Coral, de los señores Fellows, los Lehr, etc.

b) Tiempo circular o repetición.

El narrador intercala entre los hechos singulares otros que se diferencian de aquéllos, especialmente por ser repetitivos y abstractos. Son escenas no específicas ni puntuales sino que denotan actividades que se hacen en forma habitual, repetitiva, por costumbre. La historia se mueve, pero no avanza, es un movimiento giratorio que expresa hábito. En el tiempo singular o específico hay coincidencia total entre lo sucedido y lo narrado, en cambio aquí hay un espacio entre ambos; desde luego hay nexos pero se trata de cosas distintas. El narrador compila en una escena modelo, que no es ninguna de las ocurridas pero que las condensa y simboliza, todos aquellos hechos con rasgos comunes y permanentes. Para componer esta escena resumen, hace abstracción de lo particular y refiere lo general. El tiempo verbal típico de este plano es el copretérito. (11) El narrador describe al Padre José así:

Nunca había nada que hacer en absoluto. Ni rezo diario, ni misas, ni confesiones y tampoco había ya oraciones útiles: una oración pide un efecto y él no so proponía ninguno. Hacía dos años que vivía en pecado mortal continuo sin que nadie le oyera en confesión: nada que hacer más que comer, - comer con exceso pues ella lo cebaba, lo engordaba como a un verraco de con curso. (12)

Lo que el narrador describe es algo genérico y no específico. Imágenes que resumen acciones repetidas varias veces hasta convertirse

en rutina, que el narrador abstrae para crear esta escena tipo en la que lo que se narra realmente que sucedió, pero no es seguro que sucediera siempre así, lo único evidente es que sucedió varias veces y que el narrador apoyándose en lo objetivo de los hechos hace una interpretación subjetiva de ellos, para narrarlos con este carácter objetivo-subjetivo que los hace diferentes de los hechos del tiempo singular o específico.

c) Tiempo imaginario.

En los planos temporales anteriores hay una progresión gradual del movimiento al reposo. La materia narrativa al pasar por estos planos ha sido primero una acción rápida y evidente luego un quehacer relativo y calmado, ahora va a ser una irrealdad.

En los otros dos planos había algo en común: los hechos, objetos y lugares descritos tenían una existencia total o parcialmente objetiva, existían por sí mismos ocupaban un espacio en la realidad ficticia. Pero hay otro plano en la novela compuesto por personas, cosas y sitios cuya existencia es sólo subjetiva. Por tanto evaden la cronología ficticia y no ocupan un espacio concreto, sino imaginario. Existen en la fantasía de los personajes. Son sus miedos, sus recuerdos y reminiscencias, sus frustraciones, sus ambiciones o sus sueños y esperanzas. Este tiempo imaginario es el tiempo de los personajes, en el que el narrador se hace casi invisible. Es el tiempo del sueño, de la pesadilla y de lo íntimo. (13) Una gran parte de la materia narrativa de El Poder y La Gloria se encuentra en este tiempo. Los seres de este tiempo imaginario son producto estilizado de la realidad objetiva debido a sus frustraciones y miedos que los convierten en esclavos de sus temores o ambiciones.

A este plano temporal le es indiferente cualquier tiempo verbal,

aunque la mayor parte de las veces se expresa en futuro ya que la irrealidad es una ilusión futura.

El sacerdote de El Poder y La Gloria sueña varias veces, el material ficticio de estos sueños representa una de las fuerzas de combate que estructuran la novela, la del deseo infinito del sacerdote de salvar a su hija.

Le estaban persiguiendo: se hallaba de pie ante una puerta golpeándola, suplicando le admitieran; pero no contestaba nadie. Había una palabra, un "santo y seña" que le habría salvado, pero no lo recordaba. Buscó desesperado al azar: California, excelencia, leche, Veracruz. Los pies se le habían dormido y se arrodilló ante la puerta. Entonces comprendió - por qué deseaba entrar: no lo perseguían en realidad, ello era un error. Su niña yacía junto a él con la cabeza ensangrentada... (14)

A este plano imaginario pertenecen también los recuerdos que de su vida anterior guarda el sacerdote, el Padre José, Mr. Tench, el teniente, los Fellows, etc., pues gran parte del material ficticio de la novela se sitúa en un tiempo pasado que funciona a veces, como un recuerdo maravilloso de algo mejor que el hoy y que cada vez se aleja más, y otras como un pasado ignominioso que no debe repetirse.

d) Tiempo inmóvil o la eternidad plástica.

Este plano temporal es el de la descripción, el de las cosas, el del mundo exterior. Cuando la realidad ficticia es tiempo inmóvil, la voz humana desaparece y también la intimidad, los pensamientos y los sentimientos. La palabra es puramente informativa. El tiempo verbal que corres-

ponde a este plano es el presente de indicativo. El narrador es quien actúa como intermediario principal entre el lector y la realidad ficticia.

En El Poder y La Gloria, el narrador explica el mundo exterior, pero no lo hace de una forma puramente informativa, sino que matiza sus descripciones con metáforas y símiles que cargan de significado a las cosas, la naturaleza y los animales.

La lluvia se extendía y duraba lo indispensable; como si el enemigo la rigiera, reloj en mano, conocedor hasta el segundo de la resistencia de los pulmones humanos. (16)

El trueno retumbó cerca: una segunda tormenta se acercaba, cual si el enemigo se diera cuenta de que la primera cortina de fuego había dejado unos cuantos supervivientes; la segunda los aplastaría. (17)

... le parecía estar de nuevo en la caja de madera (confesionario) pequeña y estrecha como un ataúd en el cual la gente enterraba las suciedades. (18)

Unos cuantos zopilotes se asomaron desde el tejado con apática indiferencia; todavía no era él una carroña. (19)

Este definir las cosas dotándolas de características humanas que les confieren una capacidad de comunicar mensajes y de despertar emociones es lo distinto de la realidad ficticia en El Poder y La Gloria, en ella,

por tanto no existe un tiempo inmóvil, pues la realidad ficticia no es una mera exterioridad, sino una presencia dotada de vida, con todas las cualidades y defectos que caracterizan a ésta.

Estos tiempos de la realidad ficticia son una unidad indivisible y su importancia radica en la manera como se complementan y modifican. Lo complejo del conjunto es lo que da eficacia a la estructura temporal. Esta eficacia depende en gran medida del narrador que es quien en última instancia organiza ese material temporal que conforma la realidad ficticia.

### 3. El Narrador.

El narrador es siempre alguien distinto al autor; es su creación de igual forma que lo son los personajes, pero su importancia es suprema. Claro está que es ilusorio pensar que el autor pueda crear un narrador totalmente ajeno a su experiencia personal. No es posible que el autor, un hombre de carne y hueso, con una vida intelectual y emocional determinada, prescinda en el momento de la creación literaria de sus ideas, pasiones y obsesiones para formar un relator impersonal, una mera máquina comunicadora de datos. (20)

Así pues el narrador ideal, es tan sólo una estrategia más del autor para poder volcar su subjetividad en la realidad ficticia. En vez de opinar directamente el autor lo hace astutamente, a través del narrador organizando la materia ficticia de una cierta forma, colocando los episodios en determinado orden, subrayando y contrastando la conducta de los personajes, seleccionando acontecimientos reveladores, enfatizando unas acciones, provocando diálogos, haciendo determinadas descripciones. (21)

El narrador de El Poder y La Gloria, no forma parte del mundo narrado, y habla desde la tercera persona del singular. Sus atributos son la ubicuidad, la omnisciencia y la omnipotencia, esto es: está en todas partes, lo sabe todo y todo lo puede. Pero su mayor sabiduría radica en el uso sistemático y planificado que hace de sus facultades. Cuenta con igual desenvoltura lo que pasa en el mundo exterior y en la intimidad de los personajes, se mueve con toda facilidad en el tiempo y en el espacio.

Las grandes decisiones tácticas de la estrategia narrativa son su responsabilidad. El decide cuáles datos y en qué momento comunicárselos al lector y cuáles otros ocultarle y por cuánto tiempo. El narrador maneja la realidad ficticia a su antojo, decidiendo cuándo trasladar el relato a la voz de los personajes, o sus pensamientos, sueños o recuerdos y se detiene oportunamente para que entren en acción diálogos y monólogos y sólo se escuchan las voces de los personajes. (22)

La voz del narrador es relevante al crear con su lenguaje escenas que estimulan los sentidos del lector, haciéndolo ver el paisaje, oír los truenos, sentir miedo o compasión. El narrador de El Poder y La Gloria es omnisciente, pero de forma limitada ya que no se coloca a igual distancia de todos sus personajes pues está más cerca del sacerdote, escudriñando su mente en la que penetra y, al hacer esto, el lector puede saber lo que sucede a través de dos pares de ojos, los del narrador y los del personaje. Cuando el narrador no está en la historia y queda fuera de la acción, si él quiere, puede situarse a una distancia considerable de ésta dando cabida así a la ironía. Lo que es irónico para un narrador externo cuyo destino no está en juego, no es irónico para un personaje que está luchando por sobrevivir. Hay falta de intimidad en la omnisciencia, pero esta pérdida puede ser ventajosa. La ironía por naturaleza es indiferente y no emocional. (23) La ironía hacia sí mismo, como en el caso del sacerdote, es posible ya que él se distancia de sí y tiene un sentido del humor muy personal.

Esta situación se da porque el sacerdote descubre que el verdadero estado de las cosas es muy diferente de lo que él esperaba.

En El Poder y La Gloria hay además de este narrador omnisciente,

narradores-personajes singulares que, en periodos cortos, y sin la intervención del narrador omnisciente, relatan lo que sucede. Cuando lo hacen el diálogo no es descrito, sino expuesto directamente al lector. Este cambio se nota porque los diálogos se hallan precedidos por un guión o separados por punto y aparte y no llevan acotaciones. (24)

- Ah, si también yo pudiera....
- ¿pero, no dijo usted que su madre - vivía?
- Creí que hablaba usted de su abuela
- ¿Cómo había de hablar si no recuerdo a mi abuela?
- Yo tampoco. (25)

En este caso el narrador omnisciente ha desaparecido, su voz y su mirada han sido desplazadas por las voces de los personajes.

La realidad ficticia subjetiva de El Poder y La Gloria concerniente a la lucha interna del teniente, el Padre José o el sacerdote, aquella en la que los estados de ánimo retan al análisis y donde la emoción evita una aseveración directa queda plasmada en la escritura simbólica, que representa el sentimiento que no puede ser descrito.

Esto se logra mediante el estilo indirecto libre que narra la intimidad, recuerdos, sentimientos, sensaciones e ideas desde dentro, utilizando de un modo especial el copretérito pues este tiempo verbal es el que traslada la narración del mundo exterior al mundo interior y viceversa. (26)

El lector tiene la sensación de estar dentro de la intimidad misma, de ver, oír y sentir una conciencia en movimiento, de compartir una subjetividad. Además del copretérito, como recurso complementario, hay una forma interrogativa que facilita la muda de un plano a otro, haciendo que

el cambio de narrador omnisciente a narrador-personaje sea inadvertido.

En realidad había despuntado la auro-  
ra; por el aire volaban leves plumas  
de color: un soldado aún mantenía el  
fusil apuntado hacia arriba y de la -  
boca del cañón surgía una nubecilla  
de humo gris; ¿Iba de este modo a em-  
pezar la agonía? (27)

La niña era tan inflexible como el te-  
niente: menuda, negruzca y desplazada  
entre los platanares. Su candor no ha-  
cía concesiones a nadie; el futuro -  
lleno de compromisos, ansiedades y bo-  
chorno, permanecía del lado de fuera  
... ¿para qué? (28)

La forma interrogativa resulta muy útil ya que así el cambio de narrador omnisciente a la conciencia del narrador-personaje es casi imperceptible y el relato no se entorpece, sino que con este proceso el lector se acerca a la intimidad del personaje y ve desde dentro sus temores y dudas. Gracias al estilo indirecto libre, la prosa de El Poder y La Gloria es capaz de extenderse o reducirse, pudiendo efectuar cambios en el tiempo y el espacio sin alterar el ritmo y la unidad narrativas.

## NOTAS CAPITULO IV

- (1) Mario Vargas Llosa. La Orgía Perpetua. Barcelona. Editorial Seix Barral, S.A. 1975 c 1975. p. 11
- (2) Ibid. p. 147
- (3) Seymour Chatman. Story and Discourse. London Cornell University Press. 1983 c 1978. p. 62-63
- (4) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 193-194
- (5) Ibid. p. 196
- (6) Ibid. p. 197
- (7) Graham Greene. El Poder y La Gloria. España. Editorial Seix Barral, S.A. 1984 c 1940. p. 3
- (8) Ibid. p. 79
- (9) Ibid. p. 233
- (10) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 198
- (11) Ibid. p. 198-204
- (12) Graham Greene. op. cit. p. 29
- (13) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 207-211
- (14) Graham Greene. op. cit. p. 145
- (15) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 204-207
- (16) Graham Greene. op. cit. p. 163
- (17) Ibid. p. 166
- (18) Ibid. p. 185
- (19) Ibid. p. 3
- (20) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 220
- (21) Ibid. p. 221
- (22) León Surmelian. Techniques of Fiction Writing. New York. A. Doubleday Anchor Book. 1969. p. 46-47
- (23) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 221

- (24) Ibid. p. 226
- (25) Graham Greene. op. cit. p. 122
- (26) Mario Vargas Llosa. op. cit. p. 238
- (27) Graham Greene. op. cit. p. 80
- (28) Ibid. p. 37

## CONCLUSIONES

La génesis de El Poder y La Gloria de Graham Greene como se demostró en el primer capítulo de este trabajo, es Caminos sin Ley, su libro de viaje. La novela se nutre del sinnúmero de situaciones que Greene vivió durante su viaje por México. Situaciones que las más de las veces fueron negativas, pero que de todas maneras enriquecieron el cúmulo de sus experiencias dándole parámetros nuevos para comprender y juzgar la vida. Todo ese enjambre de seres, animales y cosas que Greene vio, sintió y a veces detestó, pasó a formar parte de sus vivencias para más tarde cristalizar en El Poder y La Gloria.

La novela surgió como respuesta a aquella duda sobre el fallo que Dios daría al juzgar la vida de terror y soledad de aquel sacerdote alcohólico, del que Greene oyó hablar varias veces, a su paso por Tabasco y Chiapas. Con este sacerdote desconocido, tan carente de virtudes, cargado de dudas y miedo, construye Greene su novela. Es él su personaje central, un ser a quien la desesperación, la frustración y la congoja mortifican durante toda su existencia, colmándola de dolor y pesadumbre.

Hay en la creación del protagonista muchas de las experiencias desagradables que el mismo Greene vivió y que logra transferir cuidadosa y acertadamente al sacerdote al colocarlo en situaciones similares de aislamiento e incomodidad a las que él experimentó. El sacerdote, creación literaria, emerge de la aleación compleja de datos y vivencias que Greene mezcla para lograr este hombre que aunque ficticio parece real.

Del mismo modo algunos de los personajes secundarios de la novela también surgieron de personas reales que Greene conoció durante su viaje.

El marco físico de la novela es similar al de la crónica de viaje, pero Greene enriquece las descripciones de su novela con matices de soledad, olvido y vacuidad mezclando su maravilloso poder de observación con la intuición necesaria para recrear no sólo un lugar, sino también una circunstancia.

Con respecto a la situación político-religiosa, Greene anota en su crónica de viaje la devastadora persecución que Garrido Canabal realizó en Tabasco en contra de los católicos, tema que se convierte en el eje alrededor del cual se mueven tanto los personajes, como la acción de la novela.

Al lado del personaje central, el sacerdote, emerge un personaje paralelo, el del teniente, que funciona como antítesis de éste. Se procedió en el segundo capítulo a analizar el concepto de Dios, el sentimiento de culpa y el sentido del deber en ambos personajes.

El concepto que tiene de Dios el sacerdote es muy negativo. Lo considera un juez estricto, intransigente, incapaz de tener compasión, por lo que no espera de El piedad alguna, sino sólo castigo. Su Dios es un ente perfecto mas no amoroso, que sanciona de forma implacable y absoluta. El engranaje todo que conforma la religión del sacerdote es algo que su intelecto sabe, pero que su humanidad rechaza porque su cuerpo es impotente ante la fuerza de su flaqueza. Hay además, una contradicción entre lo que el sacerdote predica y lo que lleva a cabo. Fórmulas religiosas para sobrellevar esta vida como un medio de alcanzar otra mejor después de la muerte pero, que a él en lo personal, no le ayudan pues no alivian

en nada su ansiedad ya que Dios no funciona para él como un apoyo, sino como una fuente de temor.

En contraste con el sacerdote, el teniente tiene una idea clara y concreta y vive y actúa de acuerdo con ella. Para él Dios no existe, tan sólo es un invento de la Iglesia que nulifica el deseo de superación de la gente y por tanto, la religión toda debe desaparecer para que el país progrese.

En relación al sentimiento de culpa existe de nuevo un gran abismo entre lo que sienten el sacerdote y el teniente. Para el sacerdote su vida toda está cargada de pecado y él debe sufrir para expiar sus culpas, para no ser eternamente condenado. Su sentimiento de culpa es tan agobiante, que él considera que no existe sufrimiento alguno capaz de borrar sus pecados. No encuentra ninguna forma de expiación. El teniente en cambio, no tiene remordimientos, pues sabe con precisión qué desea y siendo él su único juez, valora como bueno y valioso todo lo que le ayude a lograr sus metas, dedicando su vida a alcanzarlas.

Una característica relevante del sacerdote, es el sentido del deber que tiene hacia sus feligreses y con el que siempre cumple, no con alegría sino con amargura, pues esa obligación le impide escapar hacia la libertad. En este sentido, el teniente no titubea al cumplir con su deber, sino por el contrario encuentra una gran satisfacción al hacerlo.

En el capítulo tercero se estudió el proceso de maduración del sacerdote y el teniente, tomando en cuenta tres aspectos que de forma definitiva, influyeron en ellos: el por qué y para qué de la existencia, la soledad y la muerte.

La existencia del sacerdote es una suma abrumadora de problemas:

debe huir constantemente para mantenerse vivo, su huida tiene que hacerla solo, aturcido por el miedo y la incertidumbre, acobardado ante las una y mil decisiones que debe tomar. En su doloroso peregrinar aprende lo que es el sufrimiento real que él antes sólo conocía en teoría y este saber le enriquece dotándolo de un juicio más humano hacia sí mismo y sus semejantes.

La existencia del teniente en contraste con la del sacerdote, no tiene altibajos, amargura ni dudas. El es dueño exclusivo de su destino.

Cuenta con una gran autoestima y un deseo de ser útil y mejor cada día.

La soledad es para el sacerdote como su sombra que lo sigue, afligiéndolo, acompañándolo siempre sin darle nunca un respiro, angustiándolo hasta hacerle casi perder la razón, cargándolo de desesperación, empujándolo su ya frágil persona. La soledad es la causa definitiva de su pecado de lujuria que habrá de abrumarlo durante toda su vida y también es ella la responsable de su beber desordenado y culpable contra el que es totalmente indefenso. Al llegar su muerte, ella es su única compañera.

El teniente es un hombre solo, autosuficiente que no requiere de nada ni nadie para tomar decisiones. Su soledad es en gran medida la causa de su fuerza, la que le permite obrar libremente sin necesidad de buscar comprensión o apoyo.

La muerte es una constante a lo largo de la novela, como una maldición que persigue al sacerdote hasta finalmente cumplirse y aniquilarlo. El proceso es largo, asfixiante, depredador, fustiga y daña en forma lenta y humillante, implacable con su víctima. La naturaleza toda participa de esta destrucción, como presagio a veces, otras como eco.

Por lo que respecta al teniente, la muerte para él es tan sólo un hecho irremediable con el que la vida termina. Algo que él espera tranquilo, ya no hay nada que hacer. La vida le es preciosa pues es la única oportunidad que hay para mejorar, para hacer cambios, para alcanzar la felicidad.

En el capítulo cuarto se hizo un análisis objetivo de la novela, estudiando tres aspectos esenciales a la creación literaria: el elemento añadido, los planos temporales y el narrador.

La forma como Greene retrata el mundo usando un lenguaje rico y salpicado de expresiones sugerentes que enmarcan la realidad ficticia, dándole dimensión y coherencia propias, es su elemento añadido, el que hace de El Poder y La Gloria algo único.

El narrador de la novela crea tres tiempos en los que distribuye la materia narrativa para construir con ella la realidad ficticia. En el primero, el tiempo singular coloca todos aquellos hechos objetivos y específicos que trascienden la acción, haciéndola agilizarse, progresar, como el desplazamiento y aparición primera de los personajes. En el segundo, el tiempo circular, se encuentran aquellos hechos que expresan hábito. El narrador resume en una escena modelo, que en sí no sucedió nunca, pero que reúne hechos con características permanentes y comunes, una serie de actos repetidos para dar esa idea de rutina que quiere hacer notar. Por último al tercero, el tiempo imaginario, lo conforma la materia narrativa que es sólo subjetiva, meramente fantasía.

En El Poder y La Gloria, el narrador explica al mundo exterior con un lenguaje matizado de metáforas y símiles que enriquecen las descripciones de la naturaleza, los personajes, animales y cosas dotándolos de

peculiaridades tanto específicas como universales que logran estimular los sentidos del lector haciéndolo ver, oír, oler y sentir los hechos de la realidad ficticia como si fueran reales.

A lo largo de este trabajo se ha intentado demostrar que El Poder y La Gloria es literatura bella, profunda, intensamente humana, nacida de datos y hechos reales magníficamente transformados en ficción mediante el don de la creación, aquel que es capaz de dotar de vida propia a la fantasía.

## BIBLIOGRAFIA

- CHATMAN, Seymour. Story and Discourse. London. Cornell University Press  
1983 (c 1978) 277 p.
- Enciclopedia de México. Dir. José Rogelio Alvarez, v.12. México, 1978  
(c 1972) 1199 p.
- FAULKNER, Peter. Humanism in the English Novel. London Elek Pemberton,  
1975 (c 1976) 196 p.
- GREENE, Graham. Lawless Roads. Inglaterra. Penguin Books. 1971 (c 1939)  
224 p.
- GREENE, Graham. El Poder y La Gloria. España. Editorial Seix Barral, S.A.  
1984 (c 1940) 230 p.
- GUNN, Wayne. Escritores Norteamericanos y Británicos en México. 1a. ed.  
México. Fondo de Cultura Económica. 1985 (c 1977) 207 p.
- HANDLEY, Graham. Brodie's Notes on Graham Greene's The Power and The Glory.  
London. Pan Books Ltd. 1977 (c 1977) 60 p.
- KIRSHNER, Alan. Church and State in Latin America. Texas. University of  
Texas. (s. a.)
- MURRY, Middleton J. El Estilo Literario. México. Buenos Aires, Fondo de  
Cultura Económica. 1956 (c 1922) 150 p.
- SURMELIAN, Leon. Techniques of Fiction Writing. New York. A. Dobleday  
Anchor Book. 1969. 245 p.
- VARGAS LLOSA, Mario. La Orgía Perpetua. Barcelona. Editorial Seix Barral,  
S.A. 1975 (c 1975) 277 p.
- WALKER, Ronald G. Paraiso Infernal. México, Fondo de Cultura Económica.  
1984 (c 1978) 336 p.

## BIBLIOGRAFIA INDIRECTA

- ALLEN, Walter. Tradition and Dream. Great Britain, Aldine Press, 1964 (c 1964) 346 p.
- BARTHES, Roland. Writing Degree Zero. London Cape Editions, 1970 (c 1953) 94 p.
- FORSTER, E. M. Aspects of the Novel. Great Britain. Penguin Books, 1971 (c 1927) 175 p.
- GREENE, Graham. A Sort of Life. Great Britain. Penguin Books, 1984 (c 1971) 157 p.
- GREENE, Graham. Ways of Escape. Great Britain. Penguin Books, 1982 (c 1980) 237 p.
- LODGE, David. The Novelist at the Crossroads. Great Britain. The Trinity Press, 1971 (c 1971) 197 p.
- MARTINEZ ASSAD, Carlos. El Laboratorio de la Revolución, el Tabasco Garridista. México, Siglo Veintiuno Editores, S.A. 1979. 309 p.
- MUNGUÍA ZATARAIN, Irma. Redacción e Investigación Documental I. México, S.E.P. 1985 (c 1980) 233 p.
- MUIR, Edwin. The Structure of the Novel. New York. Harcourt, Brace and World, Inc. (s.a.) 151 p.
- PRYCE-JONES, David. Graham Greene. Great Britain, Oliver Boyd, 1973 - (c 1963) 124 p.
- PRYCE-JONES, David. Graham Greene. México. The British Council. (Serie notes on literature 61), 8 p.
- WELLEK, Rene. Theory of Literature. New York, Harcourt, Brace and World, Inc. 1956 (c 1942) 375 p.
- WYNDHAM, Francis. Graham Greene. England, Longman Group Ltd. 1977 (c 1958) 32 p.